

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

un millón de dólares por Brigitte

jooseph berna



El avión, un «Boeing 727», de Air France, tomó tierra en el aeropuerto de Los Angeles, California.

Se deslizó sobre la pista, cada vez más suavemente, hasta detenerse a unos cincuenta metros de un grupo de personas, alrededor de un centenar, muchas de las cuales cargaban con sendas cámaras fotográficas.

También se veían algunas de televisión.

Y un buen número de magnetófonos portátiles.



Joseph Berna

Un millón de dólares por Brigitte

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1321

ePub r1.0

Lds 28.08.18

Título original: *Un millón de dólares por Brigitte*

Joseph Berna, 1975

Cubierta: Miguel García

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

El avión, un «Boeing 727», de Air France, tomó tierra en el aeropuerto de Los Angeles, California.

Se deslizó sobre la pista, cada vez más suavemente, hasta detenerse a unos cincuenta metros de un grupo de personas, alrededor de un centenar, muchas de las cuales cargaban con sendas cámaras fotográficas.

También se veían algunas de televisión.

Y un buen número de magnetófonos portátiles.

Las dos puertas del «Boeing», la de proa y la de popa, se abrieron lentamente, mientras los empleados del aeropuerto aproximaban las escalerillas metálicas.

El grupo de reporteros que habían estado aguardando la llegada del avión procedente de París, se puso en movimiento, corriendo hacia el aparato.

Rodearon la escalera metálica que había sido colocada en la entrada de proa.

Por ella empezaron a descender los pasajeros que habían viajado en la cabina de primera clase.

Los objetivos de las cámaras enfocaron la puerta del «Boeing» francés, prestas a entrar en funcionamiento.

Lo harían en cuanto surgiese por ella la figura de Brigitte Morgan, la famosa estrella de cine, nacida, apenas veintitrés años atrás, a orillas del Sena.

Brigitte Morgan sólo tenía tres películas en su haber. A pesar de ello, ya era conocida en el mundo entero.

Por sus innegables dotes de actriz...

Por lo bonita...

Por lo fresca...

Sí, sobre todo, por esto último.

Brigitte Morgan poseía un cuerpo escultural, que no dudaba en exhibir generosamente cuando así lo exigían los guiones de sus películas.

Y como los guiones de sus películas lo exigían muy a menudo...

A Brigitte Morgan, gran descubrimiento de la cinematografía francesa, se la habían disputado las más prestigiosas empresas de Hollywood, pero finalmente había sido Edward Nichols, máximo dirigente de los estudios Continental, quien consiguiera hacerse con los servicios de la joven y prometedora estrella parisina.

Ésta era la razón de que Brigitte Morgan hubiese cruzado el Atlántico: su contrato, por cinco años, con los estudios Continental, una de las grandes potencias cinematográficas de Hollywood.

Los pasajeros del «Boeing» francés continuaban descendiendo.

Al pie de la escalera, dos azafatas, con una amable sonrisa en los labios, se iban despidiendo de ellos.

Una era morena, bastante atractiva.

La otra, pelirroja, era algo fuera de serie.

Mark Brannon, veintiocho años, pelo oscuro, facciones correctas, reportero del *Star*, uno de los periódicos de mayor difusión en Los Angeles, asomó la cara por encima del hombro derecho de la azafata pelirroja y susurró:

—¿Cenamos juntos esta noche, preciosa?

La chicaladeó la cabeza, sorprendida.

Como la cara de Mark estaba tan próxima a la de ella, sus narices chocaron suavemente, lo cual hizo sonreír a la azafata.

—¿No le parece que está usted demasiado cerca, señor?

—Estar cerca de una chica bonita es una delicia. Y no me llames señor, sino Mark.

La azafata prestó nuevamente atención a los pasajeros que descendían del aparato.

Mark Brannon, que seguía casi pegado a la sugestiva pelirroja, le preguntó al oído:

—¿Cómo te llamas, encanto?

—Monique —repuso ella, sin volverse.

—Qué maravilla de nombre.

—¿De veras le gusta?

—Tú todo lo tienes precioso.

—Gracias, es usted muy amable.

—¿Qué hay de la cena, Monique?

—Lo siento, no puedo aceptar su invitación.

—¿Tan feo te parezco...?

La azafata emitió una risita.

—No, me parece usted un joven muy apuesto, Mark. —
¿Entonces...?

—Esta noche ceno con el comandante.

—¿No podrías darle alguna excusa?

—Sí, pero no me conviene.

—Me hago cargo. Una azafata debe tener contento al máximo responsable del vuelo.

—Así es.

—¿Mañana por la noche, entonces?

—Mañana por la noche estaré nuevamente en Europa.

—Qué lástima —suspiró Mark—. Con las ganas que tenía de pasar una velada con una chica francesa... —Otra vez será.

—No sabes cómo envidio a ese comandante, Monique.

—Prepare su cámara fotográfica, Mark. Brigitte Morgan no tardará en aparecer.

Efectivamente, casi todos los pasajeros habían descendido ya del avión.

Mark Brannon tuvo que desentenderse de la azafata y estar atento a la aparición de la estrella francesa.

Dos tipos surgieron por la puerta del avión.

Eran altos, fornidos.

Y tenían una cara de brutos que imponía lo suyo.

Los dos gorilas miraron fríamente al numeroso grupo de reporteros que se apiñaban al pie de la escalera.

Empezaron a descender, sin prisas.

—¿Quiénes son, Monique? —preguntó Mark.

—Los guardaespaldas de Brigitte Morgan —respondió la azafata.

—Tienen una pinta de bestias que no se la acaban.

—En este caso, creo que las apariencias no engañan —murmuró la chica, muy quedamente, porque las dos moles humanas ya se hallaban al pie de la escalera.

Segundos después, Brigitte Morgan surgía por el hueco de la puerta del «Boeing», luciendo una amplia sonrisa.

La actriz francesa, muy previsora, llevaba puestas unas grandes y oscuras gafas de sol, que la protegieron de las potentes y deslumbrantes llamaradas de los *flashes* que, ininterrumpidamente, empezaron a brotar de las cámaras fotográficas.

Brigitte Morgan agitó una mano, saludando a los reporteros.

Vestía un traje largo, de brillante tejido y sobre él, llevaba un impresionante abrigo de visón.

Su larga cabellera rubia flotaba al viento, mecida por la suave brisa que soplaba en el aeropuerto.

Brigitte Morgan permaneció unos minutos en lo alto de la escalera, sin dejar de saludar y de sonreír.

Algunos reporteros, en su afán de fotografiar a la actriz parisina desde un lugar preferente, intentaron situarse sobre los primeros peldaños de la escalera.

No lo consiguieron, porque los dos guardaespaldas de la estrella se pusieron a repartir pisotones, codazos, puntapiés y rodillazos, obligándolos a retroceder con las caras amargas.

Brigitte Morgan comenzó a descender, seguida de Edward Nichols, el director de los estudios Continental, un cincuentón apuesto y distinguido.

Se detuvieron en mitad, de la escalera para que los reporteros pudiesen tomarles algunas fotos juntos.

Al llegar abajo, empezaron a lloverles las preguntas, especialmente a la actriz francesa.

Edward Nichols levantó las manos rogando silencio, mientras explicaba:

—La señorita Morgan está muy cansada, caballeros. En estos momentos no se halla en condiciones para someterse a sus preguntas. Mañana por la mañana, a las doce, concederá una rueda de prensa en el vestíbulo del hotel América y muy gustosamente les dirá cuanto quieran saber. Por favor, caballeros, dejen paso. La señorita Morgan está deseando instalarse en el hotel. Les ruego que sean comprensivos...

No, no había demasiada comprensión entre los reporteros.

Pero los dos gorilas que estaban a las órdenes de la actriz se ocuparon de que la hubiera.

A base de cargar con los hombros, y repartir algunos golpes disimulados lograron abrir paso a Brigitte Morgan y Edward

Nichols, quienes echaron a andar hacia las dependencias del aeropuerto, protegidos por los dos hercúleos individuos.

Mark Brannon, antes de alejarse del avión, le entregó su tarjeta a la azafata pelirroja, diciendo:

—Aquí tienes mi dirección y mi número de teléfono, Monique. Si cambiaras de opinión respecto a lo de la cena...

—No me será posible modificar mis planes, Mark, aunque confieso que me gustaría —repuso ella, sonriendo.

—Bueno, conserva mi tarjeta, por si la próxima vez que vengas a Los Angeles no tienes compromiso con el comandante ni con ningún otro miembro de la tripulación.

La guardaré, se lo prometo.

Mark le acercó la cara y la besó en los labios.

Tras el beso, murmuró:

—Ahora todavía envidio más a ese comandante, Monique.

La azafata no dijo nada, continuó sonriéndole.

Mark se despidió con un gesto y echó a correr tras el grupo que formaban sus colegas, Brigitte Morgan, Edward Nichols, y los dos gorilas que repartían leña con disimulo.

Los alcanzó, pero no consiguió gran cosa.

La actriz francesa seguía negándose a responder a las preguntas que le formulaban los reporteros, y Edward Nichols repetía una y otra vez lo del cansancio de Brigitte Morgan y lo de la rueda de prensa que ella concedería al día siguiente en el vestíbulo del hotel América.

Tras realizar los trámites ineludibles en las oficinas del aeropuerto, Edward Nichols condujo a Brigitte Morgan hasta un magnífico «Buick», de color rojo, que aguardaba estacionado, con su chófer correspondiente, a pocos metros del aeropuerto.

El director de los estudios Continental, la actriz francesa y los dos guardaespaldas entraron en el vehículo, el cual se puso inmediatamente en marcha, alejándose majestuosamente de la playa de estacionamiento.

Los reporteros corrieron hacia sus respectivos automóviles.

Segundos después, sus vehículos formaban caravana tras el «Buick» rojo que conducía a Brigitte Morgan al hotel América.

Al llegar a él, descendieron todos los ocupantes del «Buick», excepto el chófer, y entraron en el hotel.

La actriz francesa fue acompañada a sus habitaciones por Edward Nichols.

Los dos gorilas fueron con ellos.

Mark Brannon y sus colegas se quedaron en el vestíbulo del lujoso hotel, desilusionados por no haber conseguido entrevistar a la estrella de cine.

Pocos minutos después, Edward Nichols regresaba al vestíbulo, muy sonriente.

—Caballeros, será mejor que abandonen el hotel y vuelvan a sus respectivos quehaceres. Hasta mañana a las doce, no podrán entrevistar a la señorita Morgan. Y como sé que entre ustedes los hay muy pillos, quiero hacerles saber que los dos hombres que venían con nosotros, éstos tan grandotes y tan fuertes, han quedado arriba custodiando las habitaciones de la señorita Morgan. Espero que ninguno de ustedes cometa la imprudencia de asomarse a ellas. Esos dos hombres, cuando se enfadan, son muy peligrosos. Buenas tardes, caballeros.

Edward Nichols caminó elegantemente hacia la puerta del hotel y se perdió por ella.

Muchos de los reporteros siguieron el consejo del director de los estudios Continental y abandonaron el hotel.

El resto, apenas una docena, permanecieron en el vestíbulo dialogando entre ellos.

Mark Brannon se disculpó y se dirigió a una de las cabinas telefónicas del amplio vestíbulo, introdujo un par de fichas, y discó el número de la redacción del *Star*.

—¿Sí, diga? —respondió una voz femenina.

—Marian, preciosa, ponme con el jefe.

—¿Eres tú, Mark?

El mismo, tesoro. Y sigo estando loco por ti.

A través del auricular llegó la risita de la empleada.

—Cuidado que eres embustero, Mark.

—¿Por qué dices eso Marian? Sabes que me gustas una enormidad.

—A ti te gustan todas.

—Pero unas, más que otras. Y tú estás entre las primeras.

—Vete a paseo, Mark —rió ella, y le comunicó con el despacho de Dick Walmer, el director del *Star*.

—¿Quién es? —preguntó Walmer.

—Mark al habla, jefe —respondió Brannon.

—¿Qué hay, Mark?

—Malas noticias.

—Suéltalas —gruñó Dick Walmer.

—Brigitte Morgan no quiere decir ni pío hasta mañana por la mañana.

—¿Por qué?

—Pregúnteselo a ella.

—¡Te lo estoy preguntando a ti! —se exaltó el director del *Star*.

—Es que yo no lo sé, jefe. Edward Nichols dijo que Brigitte Morgan estaba cansada, pero ella parecía estar más fresca que una rosa.

Dick Walmer masculló una imprecación y luego inquirió:

—¿Le has hecho fotos?

—Unas cuantas.

—¿Son buenas?

—Me temo que no demasiado, jefe —suspiró Mark—. Con Brigitte Morgan llegaron dos tipos que parecen luchadores de grecorromana. No nos dejaron acercarnos a la estrella. Yo lo intenté una vez, pero uno de ellos me clavó un codo en el hígado y me lo dejó hecho una pasta. Se me fueron inmediatamente las ganas de aproximarme a la actriz.

Dick Walmer desgranó un par de improperios.

—En resumen, que has perdido el tiempo, ¿no, Mark?

—Creo que sí, jefe. Como todos los que hemos acudido a recibir a Brigitte Morgan. Estoy seguro de que las fotos de mis colegas no son mejores que las mías. En fin, confío en que mañana...

—¡Mañana, mañana, mañana! —rugió Dick Walmer.

Mark escuchó el puñetazo que había descargado su jefe sobre la mesa y carraspeó:

—Jefe, créame que lo siento, pero no se puede hacer nada hasta entonces. Brigitte Morgan subió inmediatamente a sus habitaciones, y estoy seguro de que no saldrá de ellas hasta mañana por la mañana.

Dick Walmer tras unos segundos de pausa, y en tono más tranquilo, dijo:

—Escúchame con atención, Mark.

—Le escucho, jefe.

—Necesito que entrevistes esta noche a Brigitte Morgan.

—Eso es imposible.

—Y que le hagas media docena de fotos de categoría.

Imposible también.

—Mark...

—No, jefe, olvídalo. Ya le he dicho que Brigitte Morgan no responderá a ninguna pregunta hasta mañana a las doce, hora en que concederá una rueda de prensa aquí, en el vestíbulo del hotel América.

—Estoy convencido de que si subes a sus habitaciones y hablas a solas con ella, te concederá la entrevista y permitirá que le tomes unas fotos. Tú sabes tratar a las mujeres, Mark.

—Pero no a los gorilas.

—¿Cómo? —exclamó Walmer.

—¿Recuerda esos dos tipos que le mencioné, los que parecen luchadores de grecorromana? Pues están custodiando las habitaciones de Brigitte Morgan.

—Es un problema, no cabe duda...

—Un problema sin solución, jefe. Esos individuos son capaces de romperle el esqueleto al primero que asome las narices en las habitaciones de Brigitte Morgan.

—No pegarán a todo el mundo, digo yo...

—A los reporteros, sí. Y como yo soy reportero, no pondría los pies en las habitaciones de Brigitte Morgan ni por una docena de lingotes de oro.

—Si te disfrazaras...

—Sí, hombre; de romano.

—No digas estupideces, Mark —gruñó Dick Walmer.

—Es que tiene usted cada cosa, jefe. ¿De qué iba yo a disfrazarme, para que no me machacasen la osamenta ese par de dinosaurios?

—Muy sencillo, Mark: de camarero.

—¿De camarero...? —Respingó Brannon.

—Claro. Te permitirían entrar tranquilamente, seguro.

—Pero jefe, ¿cómo voy a conseguir yo un uniforme de camarero?

—Muy sencillo también: sobornando a uno de los empleados del

hotel.

—Eso costaría un pico, jefe.

—El *Star* corre con todos los gastos, Mark, por elevados que sean.

—Aunque consiguiera un uniforme de camarero, no creo que diera resultado, jefe. Esos dos bestias me vieron en el aeropuerto, me reconocerían al instante.

—¿Cuántos reporteros acudisteis a recibir a Brigitte Morgan?

—Alrededor de un centenar.

—Entonces no creo que te recuerden, Mark.

—No sé, no sé...

—¿Te imaginas lo que supondría para el *Star*, publicar en el número de mañana una entrevista con Brigitte Morgan?

—Un gran éxito, sin lugar a dudas.

—También lo sería para ti, Mark.

—Sí, también.

—Lo intentarás, ¿verdad, muchacho?

Mark Brannon exhaló un suspiro.

—Sí, jefe, lo intentaré. Pero si dentro de un par de horas no estoy de vuelta en la redacción, que me busquen en el hospital más cercano al hotel América.

CAPÍTULO II

Uno de los guardaespaldas de Brigitte Morgan se encontraba estirado en el sofá, con las manos bajo la nuca.

El otro se hallaba sentado en un sillón hojeando una revista.

Ambos se habían quitado la chaqueta, doblado los puños de la camisa y aflojado el nudo de la corbata.

El timbre de la puerta sonó tímidamente.

Los sujetos cambiaron una mirada.

—Han llamado, Jacques —observó el del sillón.

—Sí, lo he oído, René —dijo el del sofá, quedando sentado en él.

—Voy a ver quién es —gruñó René, dejando la revista sobre una mesa ratona.

—Iré contigo —dijo Jacques—. Y como sea algún reportero...

René hizo un gesto jactancioso.

—Me basto y me sobro para tumbarlo de un puñetazo, Jacques.

—Lo sé. Pero yo también tengo ganas de darle gusto a los nudillos, René. En el aeropuerto no pudimos actuar a nuestras anchas.

—Eso es verdad —rió el compañero de Jacques, mostrando sus colmillos de fiera.

Los dos gorilas se aproximaron a la puerta.

Fue René quien abrió.

Ambos se quedaron mirando fijamente al camarero que, al otro lado de una pequeña mesa de ruedas, sobre la cual descansaba un cubo de hielo con su correspondiente botella de champaña, les observaba con una chispa de temor en los ojos.

—Buenas noches, señores —dijo Mark Brannon, forzando una sonrisa—. Con su permiso —añadió, avanzando con la mesa de ruedas.

Los guardaespaldas de Brigitte Morgan no se movieron.

La mesa se detuvo al topar contra las firmes y robustas piernas de René.

Mark Brannon tuvo la sensación de que la mesa había topado contra las columnas de un coliseo romano.

Aquel pensamiento le produjo frío en la espalda.

El reportero del *Star* levantó la mirada y murmuró:

—Si no se apartan, caballeros, no puedo pasar...

René, con un índice que parecía una porra de policía, apuntó la botella de champaña.

—¿Para quién es eso?

—Para la señorita Morgan —contestó Mark, esforzándose para no hacer ningún gallo con la voz.

—¿Lo ha pedido ella? —interrogó Jacques, con la boca torcida.

—No, es un obsequio de la dirección del hotel.

—¿Un obsequio...? —repitió René, entrecerrando el ojo izquierdo con desconfianza—. Así es, caballeros. La dirección del hotel tiene estos detalles con los huéspedes realmente importantes, como es el caso de la señorita Morgan.

Mark empujó de nuevo la mesa de ruedas, pero René continuó donde estaba, impidiéndole el paso.

—¿No te dice nada esta cara, Jacques?

El compañero de René escrutó atentamente al falso camarero.

—Nada especial, René. ¿Y a ti?

—No sé... Tengo el presentimiento de haberla visto antes...

Mark estuvo tentado de soltar la mesa y echar a correr.

Sin embargo, continuó allí, quieto como una estatua.

René alargó su porra de policía y dio unos golpecitos en el pecho al reportero del *Star*.

—¿No nos hemos visto antes, amigo?

—No creo, señor —repuso Mark, tragando saliva.

—¿Seguro?

—Me atrevería a jurarlo, señor.

Sobrevino un silencio.

Finalmente, René se apartó, diciendo:

—Está bien, adelante.

Mark contuvo un suspiro de alivio y se puso en movimiento, entrando en la habitación.

Jacques cerró inmediatamente.

René se aproximó a la puerta que se veía al fondo y golpeó suavemente con los nudillos.

—Señorita Morgan...

Transcurrieron unos segundos.

La puerta se abrió y Brigitte Morgan asomó por ella.

Lucía una bata que era una preciosidad.

Tenía que ser así, para no desentonar de su dueña.

Mark Brannon se quedó mirándola, totalmente encandilado.

A la bata no, a su propietaria.

Los ojos de Brigitte Morgan eran grandes, luminosos, intensamente azules. Sus labios, rojos, llenos, bien trazados.

La actriz francesa examinó con curiosidad al supuesto camarero.

René se dejó oír:

—Es un obsequio de la dirección del hotel, señorita Morgan.

—Pase, haga el favor —indicó la estrella, sonriendo con amabilidad.

Mark empujó la mesa y se coló con ella en la habitación de Brigitte Morgan, que se hallaba apoyada contra la puerta.

—¿Descorcho la botella, señorita Morgan?

—Se lo ruego.

Mark desprecintó la botella de champaña, extrajo el corcho, tomó una de las copas que descansaban sobre el mueble-bar y la llenó.

—Llene otra —indicó la actriz caminando hacia él.

—¿Otra? —se extrañó Mark.

—Para usted.

—¿Para mí...?

—¿Qué le pasa, no quiere brindar conmigo?

Mark la miró con ojos agrandados.

—¿De veras quiere usted brindar con un simple camarero, señorita Morgan...?

Los ojos de Brigitte Morgan emitieron un destello irónico.

—Embustero.

—¿Cómo?

—Usted no es un camarero.

El reportero del *Star* se quedó de piedra.

Brigitte Morgan se aproximó al mueble-bar, tomó una copa e

indicó:

—Llénela, vamos.

El estupefacto Mark obedeció como un autómata.

—¿Por qué quiere que brindemos, señor reportero?

Mark abrió la boca.

—¿Cómo sabe qué...?

—Le vi esta tarde en el aeropuerto, cargado con su cámara fotográfica y su magnetófono.

Mark se mojó los resacos labios con la lengua.

—¿Me reconoció desde el primer momento?

—Sí, enseguida.

—Entonces, ¿por qué me hizo entrar aquí?

—Tenía que elegir entre eso o decirles a René y a Jacques la verdad.

—¿Por qué eligió lo primero?

—No quise que René y Jacques le diesen una paliza. La violencia me pone mala, ¿sabe?

Mark Brannon sonrió levemente.

—Le doy las gracias por lo que ha hecho, señorita Morgan. Y le pido disculpas por haberme colado de este modo en sus habitaciones.

—Ha sido una treta ingeniosa, pero muy arriesgada. Igual que le reconocí yo, pudieron haberle reconocido Jacques y René. Y eso hubiera sido mucho peor para usted.

—Lo sé. Ya le dije a mi jefe que esto de introducirme en sus habitaciones era muy peligroso.

—¿Fue idea de su jefe?

—Sí. Quiere que le lleve esta misma noche una entrevista suya, acompañada de media docena de fotos que valgan la pena, no como las que le tomé en el aeropuerto.

Brigitte Morgan negó con la cabeza.

—No puedo concederle esa entrevista, lo siento. Y olvide también lo de las fotos.

—Sólo la molestaré unos minutos, señorita Morgan.

—No es por la molestia, créame.

—¿Entonces?

—Sería hacerles una fea jugada a sus colegas, ¿no le parece?

—Le advierto que algunos de ellos están abajo, en el vestíbulo,

estrujándose los sesos tratando de encontrar el modo de llegar hasta usted.

—No me dejaré entrevistar por ninguno de ellos hasta mañana por la mañana, puede estar tranquilo.

Mark la miró de forma suplicante.

—¿Tampoco por mí?

—Tampoco, ya se lo he dicho.

Mark hizo una mueca de desilusión.

—Está bien, no insistiré.

—Se lo agradezco. Me duele tener que decirle que no.

—Yo soy el que debe estarle agradecido, señorita Morgan. René y Jacques me hubieran convertido en un despojo.

—¿Cuál es su nombre?

—Mark, Mark Brannon.

Brigitte Morgan alzó su copa.

—Todavía no hemos brindado, Mark...

El reportero del *Star* elevó la suya y la hizo entrechocar con la de ella.

—Por el éxito de sus próximas películas, señorita Morgan.

Ambos ingirieron un sorbo de champaña.

Lo hicieron mirándose a los ojos.

—¿Sabe usted una cosa, señorita Morgan? Al natural tiene usted una belleza distinta a la que se aprecia en sus películas.

Ella sonrió.

—¿Con cuál de las dos se queda?

—A mí me gusta más como la veo ahora. Emana de usted un encanto más natural, más sincero...

—¿Ha visto usted mis tres películas, Mark?

—Ésos veces cada una.

—¿Cuál de ellas le gustó más?

—Las tres son magníficas, es difícil decidirse por una. En *La rubia y la bestia* estuvo usted realmente sensacional; en *Ella y los viudos* verdaderamente portentosa; y si es en *Morir así da gusto*, sencillamente fabulosa.

Mark, extrañado, observó que la actriz se había ruborizado perceptiblemente.

—¿He dicho alguna inconveniencia, señorita Morgan...?

—Oh, no. Sucede que me siento un poco cohibida al hablar de

mis películas. Como en ellas salgo tan ligerita de ropa...

—Todo el mundo sabe que es por exigencia de los guiones.

—Cierto, es por eso. No obstante, muchos me tienen por una descarada. ¿Cree usted que soy una descarada, Mark?

Mark Brannon pensaba que sí, que una mujer que se exhibía de aquel modo en las películas, no podía tener nada de vergonzosa. Sin embargo, respondió:

—No, no lo creo, señorita Morgan.

—Dice eso porque no quiere ofenderme.

—Se equivoca.

Brigitte Morgan sonrió dulcemente.

—Parece usted una buena persona, Mark.

—Gracias por pensar eso.

—Ahora todavía siento más no poder concederle la entrevista.

—No se preocupe. El placer de haber podido hablar unos minutos con usted, a solas, compensa el fracaso que como reportero acabo de sufrir.

Brigitte Morgan se mantuvo en silencio, mirándole.

Mark aproximó su rostro al de ella y la besó suavemente en los labios. Cuando se retiró, descubrió con sorpresa que la actriz había enrojecido visiblemente, y que sus labios, entreabiertos todavía, temblaban.

—Perdone mi atrevimiento, señorita Morgan —carraspeó—. No sé cómo...

Mark interrumpió sus disculpas.

Y no por propio deseo, sino porque Brigitte Morgan acababa de darle una bofetada de las buenas.

—Señorita Morgan... —murmuró, desconcertado. Ella, con mirada relampagueante, exclamó:

—¿Quién le dio permiso para besarme, insolente?

—Fue algo instintivo, lo siento...

—¡Debería llamar a René y a Jacques!

—No lo haga, se lo ruego. Me harían picadillo...

—¡Es lo que usted se merece, por atrevido!

—No sé por qué la besé, de veras...

—Yo sí lo sé. Como en mis películas beso a tanta gente, usted pensó que tampoco me importaría besarle a usted. Por uno más...

—No, yo...

Brigitte Morgan extendió el brazo y señaló la puerta.

—Largo de aquí, Mark Cannon.

—No, Cannon no; Brannon, Brannon...

—¡Fuera, se llame como se llame!

—Sí, ya me voy, señorita Morgan.

Mark empujó la mesa de ruedas hacia la puerta.

Antes de llegar a ella, se detuvo y giró la cabeza.

—Señorita Morgan...

—¡Ni una palabra más!

Mark se puso de nuevo en movimiento.

Se disponía a abrir la puerta, cuando, desde la estancia contigua, empezaron a llegar ruidos extraños.

Daba la impresión de que se estaban peleando.

Mark, lleno de extrañeza, se volvió hacia la actriz.

—¿Está oyendo eso, señorita Morgan?

Ella asintió con la cabeza, visiblemente preocupada.

—¿Suelen pelearse entre sí Jacques y René?

—No, nunca. Se llevan muy bien.

—Entonces, deben estar peleando con otros —dijo Mark, retrocediendo—. En esa habitación se están zurrando, de eso no hay duda.

Todavía flotaban en el aire las últimas palabras pronunciadas por el reportero del *Star*, cuando la puerta se abrió violentamente, dando paso a un par de sujetos de fuerte complexión.

En la otra estancia había otros dos individuos, igualmente corpulentos. A sus pies yacían, inmóviles, René y Jacques.

Uno de los tipos que habían irrumpido en la habitación de Brigitte Morgan, caminó hacia Mark, mientras el otro se dirigía hacia donde se hallaba la actriz, paralizada por el miedo.

Mark esperó a que el fulano que iba directo hacia él se pudiese al alcance de sus puños, y entonces, le disparó el derecho.

Fue como si, en lugar de pegarle a una mandíbula, le hubiese pegado a una roca.

El tipo no acusó el golpe; ni siquiera pestañeó.

Una de las mazas del robusto individuo ascendió veloz y se estrelló en el mentón de Mark Brannon.

El joven tuvo la sensación de que su cabeza estallaba en pedazos.

Se derrumbó en el acto, viendo luces de todos los colores.

Oyó, como desde muy lejos, gritar a Brigitte Morgan. Después, nada. Ni dolor de cabeza, ni luces, ni gritos. Había perdido el sentido...

CAPÍTULO III

Mark Brannon abrió los ojos.

Lo hizo lentamente, porque cada párpado parecía pesarle media tonelada.

Lo primero que vio fue la magnífica araña de cristal que pendía del techo.

Esto le demostró que seguía en la habitación de Brigitte Morgan.

Se llevó la mano al mentón, pero la retiró inmediatamente, porque apenas lo rozó con los dedos, sintió una aguda punzada que le llegó hasta el cerebro.

La coz que le recetara aquella especie de tractor humano a quien su puñetazo sólo había producido cosquillas, le había dejado la quijada en muy mal estado.

Mark rezongó una maldición y trató de recuperar la vertical.

Lo consiguió, con algún esfuerzo.

Como ya suponía, Brigitte Morgan no estaba en la habitación.

Mark echó a andar hacia la otra estancia.

En ella se encontraban René y Jacques, los dos encargados de proteger a la actriz francesa.

Bonita protección la suya...

Los dos continuaban en el suelo, en la misma posición en que los viera el reportero pocos segundos antes de que aquel energúmeno le durmiera de un trallazo.

Junto a la cabeza de René se veía un sobre.

Mark se apoderó de él.

Iba dirigido a Edward Nichols, el director de los estudios Continental. Como la solapa no estaba pegada, Mark revisó el interior del sobre. Había una nota, escrita a máquina, que decía textualmente:

«Tenemos en nuestro poder a Brigitte Morgan. Si quieren volver a verla viva, deben enviar a una persona, con un millón de dólares, al kilómetro 328 de la carretera 54. Ha de presentarse mañana por la noche, a las diez. Si informan a la policía del secuestro de Brigitte Morgan, no habrá trato y ella morirá».

Mark Brannon permaneció inmóvil durante un par de minutos, leyendo y releendo la nota que habían dejado los secuestradores.

Feo asunto aquél.

Y mala suerte la de Brigitte Morgan.

Todavía no llevaba un par de horas en Los Angeles, y ya se hallaba en poder de una pandilla de desaprensivos.

Mark devolvió la nota al interior del sobre y se lo guardó en un bolsillo. Después, se arrodilló junto a René, le dio la vuelta, dejándolo boca arriba, y empezó a darle bofetadas.

—¡Eh, oiga, despierte!

El macizo individuo movió la cabeza, sin despegar los párpados.

—Vamos, René, ya está bien de dormir —dijo Mark, que continuaba «palpándole» las mejillas.

René abrió los ojos.

Miró de tal forma a Mark, que éste suspendió inmediatamente la serie de bofetadas. —Sólo trataba de despertarle...— carraspeó Mark.

Quiso ponerse en pie, pero el tipo lo agarró de las solapas y lo retuvo.

—¿Qué le pasa, René? —balbució Mark.

—¿Dónde está?

—¿Quién, Brigitte Morgan?

—Sí.

—La han raptado.

—¿Quiénes?

—Los cuatro individuos que nos dejaron inconscientes a ustedes dos y a mí.

René apretó los maxilares.

—Esos bastardos nos sorprendieron.

—Suélteme, René. Yo no tengo la culpa de lo que ha sucedido.

René esperó unos segundos y luego le soltó.

Mark se puso en pie.

René también se incorporó.

Despertó a su compañero, que al igual que él, tenía varios moretones en el rostro.

Jacques, al saber que habían secuestrado a Brigitte Morgan, escupió un juramento.

—Hemos de ponernos rápidamente en contacto con el señor Nichols —dijo René, atrapando su chaqueta.

Jacques cogió la suya.

Mark Brannon carraspeó ligeramente.

—Ustedes deben continuar aquí, René.

Éste le envió una mirada cortante.

—¿Quién es usted para darnos consejos, amigo?

—Los secuestradores, antes de dejarme sin sentido de un puñetazo, me dieron un mensaje para Edward Nichols —mintió Mark—. He de llevárselo personalmente. Ustedes, mientras tanto, actuarán como si nada hubiese sucedido, es decir, como si Brigitte Morgan continuase en esa habitación. Nadie debe saber que ha sido secuestrada, porque en ese caso, la policía tomaría cartas en el asunto, y eso supondría la muerte de la señorita Morgan. Así me lo han advertido los secuestradores.

René y Jacques intercambiaron una mirada.

Mark Brannon echó a andar hacia la puerta.

Antes de abrirla, se volvió y dijo:

—No lo olviden, muchachos: nadie, absolutamente nadie, debe enterarse del rapto de Brigitte Morgan.

Mark salió de la habitación.

Poco después se reunía con el empleado del hotel que le había cedido su uniforme de camarero y facilitado la mesa de ruedas y la botella de champaña, todo ello previo pago de una importante cantidad.

Mark procedió a cambiarse de ropa.

—¿Cómo salió todo, amigo? —le preguntó el empleado, un pelirrojo con aspecto de lo que era: un vivales.

—Bien —gruñó Mark.

El pelirrojo alargó el brazo y le apuntó la mandíbula.

—Ese manchón azulado que le ha brotado en la barbilla parece

decir lo contrario. —Todas las profesiones tienen un riesgo.

—Diablos, han debido atizarle duro.

El reportero del *Star* no respondió. Acabó de colocarse sus ropas, recogió su cámara fotográfica y su magnetófono, se despidió del pelirrojo y se introdujo en el ascensor.

Cuando cruzaba el vestíbulo, uno de sus colegas le salió al paso.

—Intentaste colarte en las habitaciones de Brigitte Morgan, ¿eh, Brannon?

—Sí, lo intenté.

—¿Y qué?

Mark levantó un poco la barbilla y repuso con ironía:

—¿Tú qué crees, Tully?

El llamado Tully, al descubrir el hematoma, lanzó un silbido.

—Te lo impidieron los gorilas, ¿eh?

—De mala manera, además.

—¿Abandonas?

—Sí, no quiero recibir más golpes. Volveré mañana para la rueda de prensa.

—Creo que yo también me voy a ir, Brannon. Aquí estamos perdiendo el tiempo tontamente.

Mark se despidió de su colega con un gesto y salió a la calle.

Minutos después, se dirigía con su coche, un «Ford» azul bastante bien conservado, a la casa de Edward Nichols.

Era una villa preciosa, rodeada de césped y de macizos de flores.

Mark aparcó su «Ford» frente a la casa.

Hizo funcionar el carillón.

Tuvo la sensación de que la orquesta de Ray Conniff se hallaba al otro lado de la puerta. Ésta se abrió y una doncella, morena, con todo lo necesario para triunfar en el concurso de *Miss Costa Oeste*, se dejó ver, con la sonrisa en los labios.

—¿Qué desea, señor?

Mark, dando un exagerado respingo, exclamó:

—¡Patricia!

—¿Cómo? —Parpadeó la doncella.

Mark dio dos pasos, la abarcó por la cintura y la besó en los labios.

—¡Menuda sorpresa, Patricia!

—Sorpresa la mía, señor, porque yo no me llamo Patricia... —

murmuró la belleza, desconcertada.

Mark enarcó las cejas.

—¿Cómo dices...?

—Que usted me confunde con otra chica que se llama Patricia.

—¡Será posible...!

—Seguro, señor. Usted y yo no nos habíamos visto hasta ahora.

Mark soltó la cintura femenina.

—Discúlpame, preciosa. Te pareces tanto a Patricia, que te tomé por ella.

—No tiene importancia —repuso la doncella, sonriendo.

—Debería decir que siento haberte besado, pero no lo voy a hacer. El hombre que después de besar a una chica como tú, se arrepiente, es idiota de nacimiento.

La doncella agradeció las palabras del reportero con una caída de pestañas que a Mark le produjo un cosquilleo en la espalda.

—Es usted muy amable, señor.

—¿Cómo te llamas, encanto?

—Clara.

Mark Brannon la midió de pies a cabeza y luego comentó:

—Hasta ahora siempre me habían gustado más las yemas que las claras, pero después de conocerte, no tengo más remedio que cambiar de parecer.

La doncella se echó a reír.

—Pero qué tremendo es usted, señor.

—No hablemos de cosas tremendas, Clarita —suspiró Mark.

Ella se arregló coquetamente el cabello.

—Todavía no me ha dicho usted cuál es el motivo de su visita.

—Deseo ver al señor Nichols —explicó Mark, entregándole una tarjeta suya.

La doncella, tras ojearla, repuso:

—Me temo que no podrá ser, señor Brannon.

—¿Por qué? ¿No se encuentra en casa?

—Sí, pero...

—Ve y anúnciale mi visita al señor Nichols, guapa. Me urge hablar con él.

—De acuerdo, lo haré.

—Gracias, Clarita —sonrió Mark, pellizcándole la barbilla.

La doncella dio media vuelta y se alejó, balanceándose.

Mark la siguió con los ojos hasta que se perdió de vista, mientras se decía que Edward Nichols era un tipo afortunado.

La beldad sólo tardó un par de minutos en regresar.

Hizo una mueca e informó:

—Lo siento, señor Brannon, pero el señor Nichols no puede recibirle esta noche. Ha regresado esta misma tarde de París y se encuentra cansado.

—Sí, conozco esa circunstancia.

—Lo lamento, créame.

Mark sonrió misteriosamente.

—¿Te apuestas un beso a que el señor Nichols sí me recibe?

—Ya le he dicho que...

Mark introdujo la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y extrajo el sobre que contenía la nota escrita por los secuestradores. Se lo alargó a la doncella, diciendo:

—Entrégale este sobre al señor Nichols, preciosidad.

La chica tomó el sobre y volvió a desaparecer del vestíbulo.

Poco después aparecía de nuevo, muy sonriente.

—¿Qué noticias me traes, Clarita?

Ella le pasó los brazos alrededor del cuello, se puso de puntillas, y le besó.

—Ganó usted, señor Brannon. El señor Nichols le ruega que pase a su despacho.

—Magnífico —repuso Mark, y ahora fue él quien la besó.

La doncella le condujo al despacho del director de los estudios Continental y se retiró, dejando solos a los dos hombres.

Edward Nichols miró con seriedad al reportero del *Star*.

Tenía la nota de los secuestradores en las manos.

—¿Qué significa esto, señor Brannon?

—Creo que la nota deja pocas dudas al respecto, señor Nichols: han secuestrado a Brigitte Morgan y piden un millón de dólares por su rescate.

—¿Cómo ha llegado esta nota a su poder?

Mark le explicó por qué se encontraba, en el momento del secuestro, en las habitaciones de Brigitte Morgan.

—Como en la nota se advierte —añadió— que si ustedes informan a la policía, Brigitte Morgan morirá, creí conveniente que René y Jacques continuasen custodiando las habitaciones de la

actriz, para ocultar el hecho a todo el mundo. Por eso me apropié de la nota y se la traje personalmente. ¿Hice bien, señor Nichols?

Edward Nichols inspiró profundamente.

—Sí, creo que hizo lo que debía, señor Brannon. Por el momento, no nos conviene que se haga público el asunto.

Hubo un silencio.

Mark carraspeó levemente.

—Si a usted le parece bien, señor Nichols, yo mismo puedo llevar el importe del rescate a ese lugar que se indica en la nota. Suponiendo que estén ustedes dispuestos a pagar, claro.

Edward Nichols se pasó la mano por la nuca, pensativo.

—Un millón de dólares... —murmuró.

—Por la vida de Brigitte Morgan —recordó Mark.

—Es una suma muy elevada.

—Según tengo entendido, los estudios Continental han pagado cinco millones de dólares a Brigitte Morgan por estampar su firma en un contrato que la liga a ustedes por cinco años.

—Es cierto.

—No creo que Brigitte Morgan se niegue a reintegrarles el millón de dólares, caso de que ustedes decidan pagar el rescate.

—Eso es lo primero que hay que averiguar, señor Brannon: si Brigitte Morgan acepta reintegrar ese millón de dólares a los estudios Continental.

—Estando en poder de los secuestradores, lo veo difícil.

Edward Nichols sonrió extrañamente.

—Tenga la amabilidad de acompañarme, señor Brannon.

El director de los estudios Continental condujo al reportero del *Star* a un modernísimo *living*.

Allí, recostada en el diván, se hallaba una mujer.

Poseía un físico realmente seductor.

Era joven, rubia, de labios rojos y ojos azules.

Mark Brannon, que se había quedado petrificado, balbució:

—¡Brigitte Morgan!

CAPÍTULO IV

La fascinante rubia, que sostenía una copa en la mano derecha, miró atrevidamente a Mark Brannon.

—¿Quién es este joven tan apuesto, señor Nichols...?

—Se llama Mark Brannon. Pertenecce a la redacción del *Star*, uno de los periódicos más leídos de Los Angeles.

—Oh, un reportero —sonrió la rubia—. ¿Y cómo ha podido averiguar que yo me encontraba en su casa?

—El señor Brannon no sabía que usted se encontraba aquí, Brigitte. ¿No ve que su rostro refleja una gran sorpresa?

—Sí, es verdad. Se diría que ha visto usted un fantasma, señor Brannon —repuso la rubia, riendo, mientras cruzaba las piernas.

Los cortes laterales de su vestido permitieron admirar la perfección de sus extremidades inferiores.

Mark Brannon seguía contemplando a la rubia, en silencio.

Edward Nichols tosió suavemente.

—Creo que le debo una explicación, señor Brannon...

—No se moleste en dármele, señor Nichols —repuso Mark—. Acabo de comprender lo sucedido.

—¿De veras?

Mark cabeceó afirmativamente.

—Está todo tan claro como el agua. La auténtica Brigitte Morgan es ésta. La otra, la que secuestraron aquellos cuatro individuos, es su doble.

La rubia perdió su copa y el líquido se esparció por el asiento del diván.

—¿Secuestraron...? —murmuró, casi sin voz.

Edward Nichols afirmó con la cabeza.

—Sí, Brigitte. Madeleine Perier ha sido secuestrada. Cuatro

sujetos irrumpieron en sus habitaciones, dejaron sin sentido a René y a Jacques, y se la llevaron.

—¡Dios mío! —gimió Brigitte Morgan, llevándose una mano a los labios.

La actriz francesa había empalidecido sensiblemente.

Edward Nichols notificó:

—Piden un millón de dólares por su rescate, Brigitte.

—¿Un millón...? —balbuceó ella, agrandando los ojos—. ¿Un millón de dólares por el rescate de Madeleine...?

—Bueno, los secuestradores no saben que es su doble, ellos están convencidos de que tienen en su poder a Brigitte Morgan.

Hubo un largo silencio.

Edward Nichols se volvió hacia el reportero del *Star* y explicó:

—La señorita Morgan llegó ayer a Los Angeles, en el más estricto secreto, y se trasladó inmediatamente a esta casa. Le cansan mucho los recibimientos multitudinarios, y siempre que puede, los evita. Ése fue el motivo de que su doble, Madeleine Perier, ocupara su lugar en esta ocasión.

Mark cabeceó.

—Ahora comprendo por qué no quiso hacer declaraciones en el aeropuerto.

—No podía hacerlas, puesto que no era Brigitte Morgan. Por eso convocamos una rueda de prensa para mañana a las doce en el vestíbulo del hotel América. A ella hubiese asistido la auténtica Brigitte Morgan.

—Entiendo.

Se produjo otro silencio.

Mark volvió a mirar a Brigitte Morgan.

El parecido entre ella y su doble era extraordinario.

No obstante, él no volvería a confundirlas.

Para saber quién era quién, bastaría con mirarlas fijamente a los ojos.

Los de Brigitte Morgan eran picaros, atrevidos, maliciosos.

Su doble, en cambio, tenía la mirada suave, cálida, bondadosa.

De lo cual se deducía que Madeleine Perier no era ni la mitad de fresca que Brigitte Morgan.

Ahora que sabía la verdad, Mark se explicaba muchas cosas.

Entre ellas, que Madeleine Perier se hubiese puesto colorada

como una amapola cuando él la besó.

Mark se decidió a romper el silencio:

—¿Qué piensa hacer, señorita Morgan?

La actriz interrumpió sus meditaciones y miró al reportero.

—¿Qué pienso hacer? —repitió, como si no comprendiera la pregunta.

—¿Está dispuesta a pagar ese millón de dólares que piden los secuestradores por el rescate de su doble, la señorita Perier?

Brigitte Morgan se mordió el labio inferior.

—Es mucho dinero...

—Estamos de acuerdo, señorita Morgan. Pero si se niega a abonarlo, Madeleine Perier morirá.

La actriz francesa elevó la barbilla y endureció la mirada.

—¿Pretende hacerme responsable de ello, señor Brannon, en el caso de que sucediera? —Yo sólo digo que, cuando Madeleine Perier fue secuestrada, se encontraba haciéndole un señalado favor a usted, señorita Morgan.

—Un favor no, señor Brannon —replicó Brigitte Morgan—. A Madeleine Perier le pago una importante cantidad mensual por intervenir de cuando en cuando en algunas secuencias de mis películas. Muy pocas, sólo en los planos lejanos.

—¿Esa cantidad mensual obliga también a la señorita Perier a evitarle a usted las molestias de los recibimientos multitudinarios?

—También. Ella es mi empleada, señor Brannon. Hace siempre todo cuanto le ordeno.

—Es decir, que Madeleine Perier es una empleada fiel.

—Desde luego.

—Pues ahora tiene usted la ocasión de recompensar la fidelidad de la señorita Perier. —Entregando el millón de dólares a los secuestradores, ¿verdad?

—Sí.

Brigitte Morgan cabeceó en sentido negativo.

—Es una cantidad desorbitada, señor Brannon.

Mark desvió los ojos hacia Edward Nichols.

Éste encogió ligeramente los hombros, dándole a entender que aquel asunto concernía exclusivamente a Brigitte Morgan, que él no podía ni debía intervenir.

Mark respiró profundamente.

—Bien, señorita Morgan, si usted no está dispuesta a pagar por el rescate de Madeleine Perier...

—Yo no he dicho eso —le interrumpió ella.

—Creí entender...

—Estoy dispuesta a entregar una cantidad importante por el rescate de Madeleine, pero desde luego, no un millón de dólares. — Un millón es lo que piden los secuestradores.

—Porque están convencidos de que han secuestrado a Brigitte Morgan. Lo que hay que hacer es hablar con ellos y decirles que la chica que tienen en su poder es mi doble, y que, por lo tanto, no vale un millón de dólares.

Mark la miró con fijeza.

—¿Cuánto vale, según usted, la señorita Perier?

Brigitte Morgan se humedeció el labio inferior con la lengua.

Miró a Edward Nichols.

Después, otra vez al reportero del *Star*.

—Estaría dispuesta a entregar cien mil dólares por su rescate — dijo al fin.

—La décima parte de lo que ellos exigen —observó Mark.

—Cuando sepan la verdad, no tendrán inconveniente en aceptar esa cantidad.

Mark guardó silencio.

El director de los estudios Continental intervino:

—Creo que la señorita Morgan está en lo cierto, señor Brannon. Cuando los secuestradores sepan que la joven que tienen en su poder no es Brigitte Morgan, pensarán que cien mil dólares valen más que nada y los aceptarán.

Mark siguió callado.

—Usted se ofreció antes a llevar el importe del rescate al lugar indicado por los secuestradores. ¿No ha cambiado de parecer?

—No, no he cambiado.

—En ese caso, será usted quien lleve los cien mil dólares.

Mark se atusó la patilla izquierda.

—Creo que se nos ha pasado por alto un detalle importante, señor Nichols.

—¿Qué detalle?

—¿Cómo voy a convencer a los secuestradores de que la chica que tienen en su poder no es Brigitte Morgan, sino su doble? Ellos

pueden pensar que se trata de un engaño para pagar menos por su rescate.

Edward Nichols cabeceó.

—Interesante observación, señor Brannon. No había pensado en ello...

Brigitte Morgan terció:

—Madeleine y yo tenemos las facciones prácticamente idénticas. También nuestra figura es muy similar. No sé qué podría servir para diferenciarnos... ¡Oh, sí, el lunar! —exclamó de pronto.

Mark elevó las cejas.

—¿Lunar...? ¿Qué lunar?

—¡Éste! —dijo ella, mostrando la parte más alta de su muslo derecho. Mark notó que se le secaba la garganta.

Edward Nichols se llevó una mano a la boca, para disimular su sonrisa.

—Es un lunar precioso, señorita Morgan —carraspeó Mark.

—¿Verdad que sí? Lo exhibo mucho en mis películas.

—Sí, lo recuerdo muy bien.

—Madeleine no lo tiene.

—Es una lástima.

—No, no es una lástima que no lo tenga, sino una suerte, porque gracias a ello Madeleine podrá demostrar a los secuestradores que no es Brigitte Morgan.

Mark volvió a carraspear.

—No creo que eso sirva, señorita Morgan. Los secuestradores podrían pensar que el lunar que exhibe usted en sus películas no es natural.

—¡Pero sí lo es! Lo tengo desde que era pequeña.

Edward Nichols medió:

—El señor Brannon tiene razón, Brigitte. El detalle del lunar no será suficiente para convencer a los secuestradores.

—Pues a mí no se me ocurre nada más, señor Nichols...

—No se preocupen —dijo Mark—. Si los secuestradores no me creen, que sean ellos mismos quienes digan de qué modo quieren convencerse de que la chica que tienen en su poder no es Brigitte Morgan. Por la tarde vendré a recoger los cien mil dólares, señor Nichols.

—Los tendré preparados.

—Otra cosa, señor Nichols. Tendrá usted que aplazar la rueda de prensa que tiene anunciada la señorita Morgan, para no poner en peligro la vida de Madeleine Perier.

—En eso sí había pensado, señor Brannon. Diré a los reporteros que la señorita Morgan se encuentra indispuesta y que no podrá someterse a sus preguntas hasta pasado mañana.

Mark se despidió de Brigitte Morgan.

—Le acompañaré hasta el vestíbulo, señor Brannon —dijo Edward Nichols.

—No es necesario, gracias.

—Como quiera.

—Buenas noches, señor Nichols.

—Hasta mañana, señor Brannon.

Mark abandonó el *living* y alcanzó el vestíbulo.

Allí encontró a la atractiva doncella.

Mark la tomó por la cintura.

—¿Cuál es tu día libre, Clarita?

—Los lunes.

—Qué mala suerte, todavía estamos a jueves.

—Los días pasan muy deprisa, señor Brannon.

—Los presidiarios opinan lo contrario.

—Pero usted no es un presidiario —repuso ella, sonriendo.

—¿Nos veremos el próximo lunes, Clarita?

—Es probable.

—Sabes dónde localizarme, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza.

Mark la besó un par de veces.

Después, salió de la casa, entró en su «Ford» y lo puso en marcha. Minutos más tarde lo estacionaba frente a la redacción del *Star*. Subió a ella y se dirigió al despacho de Dick Walmer.

Se tropezó con Marian, la chica que atendía las llamadas telefónicas, que se disponía a abandonar la redacción.

Mark encanutó los labios y lanzó un silbido de admiración.

—Cada día que pasa te vuelves más irresistible, Marian.

—Eso me lo habrás dicho así como un millón de veces —repuso ella, sonriendo.

—Es que es la pura verdad.

—Una es monina, nada más.

- ¿Monina...? ¡Tú eres un monumento, Marian!
- Quita, quita, adulador —rió la empleada del *Star*.
- Te invito a cenar esta noche, Marian.
- Lo siento, esta noche ya tengo compromiso.
- ¿Con quién?
- Con un hombre guapísimo, piloto de profesión.
- ¿Qué pilota ese Adonis?
- Aviones comerciales.

Mark arrugó el ceño.

—¿Sabes una cosa, Marian? La aviación comercial me está haciendo la pascua esta noche. Eres la segunda chica bonita que me birla hoy.

—Lo siento, Mark —dijo ella, y se alejó riendo.

Mark dio un hondo suspiro, entró en el despacho de Dick Walmer, un hombre de ancha caja torácica, cuello grueso y corto, nariz chata y pobladas cejas. Tenía cincuenta y cinco años.

—¡Mark! —exclamó, levantando la mirada.

—¿Qué tal, jefe?

—¡No es necesario que me lo digas: te sacudieron los luchadores de grecorromana!

—¿Cómo lo ha adivinado, jefe...? —Respingó Mark.

—Tienes un trozo de quijada del color de las berenjenas.

Mark se pasó los dedos por el moretón de la barbilla.

—Oh, sí, lo había olvidado.

—¿No sirvió el disfraz de camarero, Mark?

—No, jefe, no sirvió. Los guardaespaldas de Brigitte Morgan me reconocieron al instante. Ni siquiera llegué a entrar en sus habitaciones.

Dick Walmer se hundió materialmente en su sillón.

—Qué pena, el *Star* no podrá anotarse el éxito de ser el primero en publicar una entrevista con Brigitte Morgan... —murmuró lánguidamente.

—Pero con un poco de suerte, podrá anotarse otro mucho mayor.

Dick Walmer entrecerró los ojos.

—¿De qué estás hablando, Mark?

—No puedo explicárselo, jefe, pero le ruego que confíe en mí. Llevo entre manos un asunto que puede proporcionarme el mejor

reportaje de mi vida.

—¿Relacionado con Brigitte Morgan?

—Caliente, jefe.

El rostro de Dick Walmer se iluminó.

—Mark, muchacho...

—No me pregunte nada más, jefe. No podría contestarle.

—Está bien, no haré preguntas. Pero consigue ese reportaje, Mark, cueste lo que cueste.

—Eso es lo que me he propuesto, jefe. Y ahora, con su permiso, me marcho a mi casa.

El director del *Star* le guiñó el ojo.

—¿Cómo es la de esta noche, Mark? ¿Rubia, morena, pelirroja...?

Mark Brannon hizo una mueca.

—Esta noche, nada de nada, jefe. Me fallaron todas las tentativas.

—Se ve que estás en baja forma, Mark —rió Dick Walmer.

—Es que los pilotos de aviación están de moda.

Más tarde, Mark entraba en su apartamento.

Se quitó la chaqueta y se aflojó el nudo de la corbata.

Abrió el frigorífico, con el fin de ver qué podía prepararse para cenar.

En aquel momento se puso a sonar el timbre de la puerta.

Mark acudió a abrir.

Se quedó de una pieza al descubrir a la pelirroja que aguardaba en el corredor, sonriéndole de forma picara.

—Hola, Mark.

—¡Monique! —exclamó él, con los ojos muy abiertos.

—¿No me invita a entrar...?

—¡Oh, sí, adelante! Estás en tu casa, Monique.

La azafata de Air France, que ya no vestía de uniforme, sino un bonito vestido que realzaba sus formas, entró en el apartamento del reportero.

Mark cerró la puerta.

Se miraron.

—¿Qué pasó con el comandante, Monique?

—Le dije que me dolía la cabeza y se fue a cenar con Simone.

Mark la enlazó por el talle.

—¿Quién es Simone?

—La otra azafata que estaba conmigo al pie de la escalera, despidiendo a los pasajeros.

—El comandante ha salido perdiendo con el cambio, no hay duda —repuso Mark. Un par de segundos después, se estaban besando.

CAPÍTULO V

El «Ford» de Mark Brannon circulaba por la carretera 54.

Cuando el reportero lo detuvo a la altura del kilómetro 328, faltaban todavía quince minutos para las diez.

Mark salió del vehículo y ojeó el lugar.

Estaba oscuro, silencioso, solitario...

Mark sacó sus cigarrillos, se llevó uno a los labios, y le prendió fuego con su encendedor de gas.

Consumió un segundo cigarrillo sin que nadie apareciese por allí.

Mark consultó nuevamente su reloj.

Ya pasaban cinco minutos de la hora fijada por los secuestradores.

El reportero comenzó a impacientarse.

Se disponía a encender un tercer cigarrillo, cuando su fino oído detectó el ruido de un motor.

Un coche apareció a lo lejos.

Se detuvo a unos diez metros del «Ford» de Mark Brannon.

Tres individuos se apearon del vehículo, un «Sedán» negro.

Echaron a andar hacia el «Ford».

Los tres iban armados con sendas pistolas automáticas.

Mark sintió un cosquilleo en el estómago.

Los fulanos se pararon delante de él.

Uno de ellos, el mismo que le atizara en el mentón la tarde anterior, ordenó hoscamente:

—Póngase de espaldas, las manos sobre el coche.

Mark obedeció.

Los otros dos tipos le cachearon.

—No está armado —gruñó uno de ellos.

—Vuélvase —ordenó de nuevo el que golpeara a Mark.

Éste se dio la vuelta.

—¿Trae el dinero? —le preguntó el sujeto.

—Está en ese maletín —respondió Mark, señalando el asiento delantero del coche.

En efecto, sobre el asiento descansaba un maletín negro.

—Saque el maletín —indicó el individuo.

Mark abrió la portezuela y atrapó el maletín del dinero.

—Camine hacia el «Sedán» —gruñó el fulano.

Mark echó a andar hacia el coche de los secuestradores, seguido por dos de éstos: el que daba las órdenes y otro.

El tercero se introdujo en el «Ford» del reportero y accionó la llave de contacto.

Mark fue obligado a entrar en la parte de atrás del «Sedán».

El individuo que daba las órdenes se sentó a su lado y siguió apuntándole con su pistola.

El otro ocupó el asiento delantero y puso en marcha el motor.

El «Sedán» se alejó del lugar, seguido por el «Ford» de Mark.

Recorrieron unos diez kilómetros.

Después, el «Sedán» tomó un camino que había a la derecha.

El «Ford» hizo lo propio.

A los pocos minutos, Mark divisaba, parado en el camino, un «Chevrolet» que mantenía los faros apagados.

El «Sedán» se detuvo frente al «Chevrolet».

El «Ford» de Mark se paró a pocos metros del «Sedán».

—Abajo —indicó el fulano que apuntaba con su arma a Mark.

Éste salió del vehículo, con el maletín en la mano.

Miró hacia el «Chevrolet».

Había un tipo sentado al volante.

El asiento de atrás lo ocupaba una joven: Madeleine Perier.

Los dos tipos del «Sedán» se apearon.

También el del «Ford».

—Abra el maletín —ordenó el causante de que Mark tuviese un manchón azulado en la barbilla. Era el único que ahora empuñaba su arma.

Mark puso el maletín sobre la parte delantera del «Sedán» y lo abrió, dejando los fajos de billetes a la vista.

—Aquí no hay un millón —dijo inmediatamente el fulano,

arrugando el entrecejo.

«Ahora viene lo bueno, Mark», se dijo mentalmente el reportero. Emitió un carraspeo y repuso:

—El maletín sólo contiene cien mil dólares.

El sujeto apretó las mandíbulas.

—Nosotros exigimos un millón por el rescate de Brigitte Morgan.

—Sí, lo sé. Pero sucede que ustedes no raptaron a Brigitte Morgan, sino a su doble.

—¿Qué clase de broma es ésta? —masculló el individuo.

—No se trata de ninguna broma, es la verdad. Brigitte Morgan llegó anteayer a Los Angeles, de riguroso incógnito, y se ocultó en casa de un amigo suyo. La que llegó ayer, y se instaló en el hotel América, era su doble.

—¿Espera que nos creamos esa tontería? —replicó el tipo, enseñando los dientes—. Les juro que es cierto. Esa muchacha. —Mark apuntó hacia el «Chevrolet»— no es Brigitte Morgan, sino su doble, Madeleine Perier.

—¡Madeleine cuernos!

—No sea basto, hombre —recriminó Mark.

El individuo arrugó la cara y se la acercó mucho al reportero.

—¿Quiere ver cómo le sacamos las tripas por la boca, amigo? Mark carraspeó.

—Si no les importa, prefiero que me las dejen donde están.

—Eso no va a poder ser si continúa tomándonos el pelo.

—Yo no les estoy tomando el pelo.

El puño izquierdo del sujeto se hundió en el hígado del reportero, arrancándole un grito, mientras se doblaba, con el rostro contraído.

Mark oyó mascullar al tipo de la pistola:

—Queremos saber la verdad, amigo. ¿Por qué cien mil dólares, en lugar del millón?

Mark, encogido todavía, respondió:

—Brigitte Morgan no está dispuesta a pagar más por el rescate de su doble. Si ustedes no aceptan, informará a la policía del secuestro de Madeleine Perier.

El individuo le soltó un zurdazo al pómulo y lo envió al suelo.

—Le aconsejo que cambie el disco, compadre, o lo pasará mal.

—Les estoy diciendo la verdad, deben creerme.

El sujeto disparó su pierna derecha y clavó la punta de su zapatón en el costado izquierdo del reportero.

Mark gritó otra vez, los ojos apretados de dolor.

—Parece empeñado en que lo de las tripas sea un hecho, ¿no? —dijo el fulano de la pistola.

—Pueden convertirme en una piltrafa si quieren, pero les juro que la chica que tienen en el coche no es Brigitte Morgan.

Sobrevino un silencio.

Mark, por el momento, no recibió más golpes.

El tipo que llevaba la voz cantante le apuntó con el arma a la cabeza.

Mark contuvo la respiración.

Se sabía a un paso de la muerte.

Sin embargo, el individuo, antes de disparar, levantó ligeramente el cañón del arma.

Las dos balas que escupió la automática se incrustaron en una de las ruedas delanteras del «Ford» del reportero.

El tipo hizo una indicación con el brazo al sujeto del «Chevrolet» y éste salió del automóvil, haciendo salir a su vez a Madeleine Perier.

La joven seguía cubriéndose con la bata.

Estaba pálida como un cadáver.

Su mirada y la de Mark se encontraron.

Ninguno de los dos dijo nada.

El tipo de la pistola cerró el maletín del dinero, lo atrapó por el asa y entró en el «Sedán».

Otro de los sujetos se sentó a su lado, frente al volante.

Los dos restantes entraron en el «Chevrolet».

Pocos segundos después, ambos vehículos se ponían en movimiento y enfilaban hacia la carretera.

Mark Brannon respiró aliviado.

—Menos mal que todo acabó bien...

Madeleine Perier se dejó caer a su lado.

—¿Cómo se encuentra, Mark?

—Fatal. Tengo un pómulo cascado, el hígado convertido en *foiegras*, y el costado izquierdo hecho migas.

—Siento mucho que le haya golpeado así ese bestia.

—No se preocupe, lo importante es que puedo contarle. ¿Y a

usted, Madeleine, le han causado algún daño?

—No, gracias a Dios. Pero he pasado más miedo en unas pocas horas que en toda mi vida.

—Sí, lo supongo.

Madeleine Perier se mordió los labios.

—¿Por qué ha venido usted a traer el dinero, Mark?

—Bueno, alguien tenía que hacerlo. Me ofrecí para ello y Edward Nichols estuvo de acuerdo.

—Cuando se ofreció, ¿ya sabía que yo no era Brigitte Morgan?

—No, de eso me enteré más tarde, cuando Edward Nichols me llevó a presencia de la auténtica Brigitte.

—¿Y esa circunstancia no le hizo cambiar de idea?

—¿Por qué?

—Colaborar en el rescate de Brigitte Morgan podía haberle supuesto a usted, como reportero, mucho, pero en el mío...

—También, ya lo verá.

—Evidentemente, no le asustan a usted los riesgos.

—Oh, sí me asustan. Pero como siempre he oído decir que un reportero atrevido vale por dos...

—Cuando aquel individuo le apuntó con su pistola a la cabeza, se me paró el corazón.

—Y a mí. Creí que iba a matarme.

—Se puso muy furioso al saber que en el maletín sólo había cien mil dólares.

—Es todo lo que Brigitte Morgan estaba dispuesta a pagar por usted.

—Sí, ya lo oí.

—¿Qué opina al respecto?

Madeleine Perier bajó la mirada.

—Un millón de dólares es mucho dinero, Mark.

—Una vida no tiene precio, Madeleine.

Ella volvió a mirarle.

—Sí, creo que tiene razón. Pero no puede guardarle rencor a Brigitte Morgan. Ha entregado cien mil dólares por mi rescate, debo estarle agradecida.

—¿Tampoco me lo guarda a mí?

—¿A usted...? —Pestañeó la muchacha—. ¿Por qué?

—Por haberla besado en el hotel.

—No tengo por qué guardarle rencor, ya le di una bofetada.

—Y qué bofetada...

Madeleine Perier sonrió ligeramente.

—Se la merecía. Aunque le disculpaba el hecho de que usted no quería besarme a mí, sino a Brigitte Morgan.

—Ahí se equivoca. En aquel momento no pensé que ante mí tenía a la famosa estrella de cine que hechiza a los hombres con un solo gesto o una sola mirada. ¿Recuerda que le dije que veía en usted un encanto distinto al que observaba en sus películas? Fue eso lo que me impulsó a besarla.

—Pero usted creía estar besando a Brigitte Morgan, no lo niegue.

—No, eso no puedo negarlo. Sin embargo, quiero puntualizar que a mí me cautivó usted, no Brigitte Morgan. Físicamente son ustedes casi iguales, pero piensan de forma bien distinta. Recuerdo que se ruborizó usted cuando hablábamos de las películas de Brigitte Morgan, tan llenas de escenas atrevidas.

—No pude evitarlo. Yo nunca he doblado, ni doblaré jamás a Brigitte Morgan en una secuencia de ésas. Pero como usted creía tener ante sí a Brigitte Morgan, yo me sentí como desnuda.

—Es comprensible.

Madeleine Perier, tras una pausa, preguntó:

—¿Se encuentra ya mejor, Mark?

—Sólo un poco.

—¿Quiere que le ayude a levantarse?

—Gracias, pero creo que no será necesario.

Mark Brannon se incorporó, haciendo muecas.

Madeleine Perier también se puso en pie.

Mark se llevó las manos al costado izquierdo y cerró los ojos.

—Maldita sea... —rezongó.

—¿Le duele mucho, Mark?

—Bastante. ¿No se fijó en el pie de aquel animal? Calza por lo menos un 46.

—¿Lleva botiquín en el coche?

—Sí.

—¿Alcohol?

Mark asintió con la cabeza.

—Unas friegas le suavizarán el dolor.

—Se lo agradecería mucho, Madeleine.

Mark le entregó el botiquín.

Ella sacó el frasco de alcohol e indicó:

—Sáquese la camisa.

Mark obedeció.

Madeleine se echó un poco de alcohol en la palma de la mano derecha y empezó a friccionar el costado del reportero.

—Con cuidado, Madeleine, que me siento como un astronauta.

—¿Como un astronauta...?

—Que estoy viendo todas las estrellas del firmamento, quiero decir.

La muchacha soltó una risita.

—Ya verá como esto le calma un poco.

—Debería ser usted enfermera, Madeleine.

—¿Por qué dice eso?

—Tiene las manos cálidas y suaves.

Ella le miró con ironía.

—¿Quiere hacerme un favor, Mark?

—Por supuesto.

—No se ponga en plan conquistador.

—Es que usted me gusta, Madeleine.

—Ya me lo dirá en otro momento.

—¿Por qué no ahora?

—Porque lo que debe hacer ahora es cambiar la rueda que destrozó aquel tipo con, su pistola.

Mark lanzó un silbido apagado.

—Bueno estoy yo ahora para cambiar ruedas...

—Le ayudaré.

—Gracias por las friegas, Madeleine.

—No tiene importancia. Venga, vamos con lo de la rueda.

—Sí, vamos.

Minutos después, la rueda de repuesto había sustituido a la que baleara el individuo que golpeó a Mark.

Este puso en marcha el «Ford» y al poco rato alcanzaban la carretera.

—¿Cómo pudieron sacarla del hotel sin llamar la atención, Madeleine?

—Lo tenían todo bien preparado. Tras cubrirme la boca con un

pedazo de cinta adhesiva, me colocaron en un baúl que tenía asiento y correas para sujetar brazos, piernas y cintura. Una vez fuera del hotel, me subieron a un vehículo, probablemente una camioneta, y recorrimos un buen trecho. Cuando me sacaron del baúl, me encontré en una habitación sin ventanas, de la cual no salí hasta esta noche, pero antes de hacerlo me cubrieron los ojos con un pañuelo, así que no tengo la menor idea de dónde pueda estar la casa en que permanecí secuestrada. Bueno, tengo una ligera pista, pero no creo que sirva de mucho: la casa debe hallarse cerca del mar, puesto que desde aquella habitación se oía el romper de las olas.

—¿Cuánto tiempo calcula usted que permaneció metida en aquel baúl?

—Es difícil saberlo con exactitud... Una hora, tal vez. Quizá hora y media.

—¿Y esta noche, con el pañuelo sobre los ojos?

—Menos. Alrededor de media hora.

—Interesante.

—¿Le sirve de algo?

—Naturalmente. Ahora, además de saber que la casa donde permaneció usted secuestrada se halla cerca del mar, sabemos también que está al sur de Los Angeles.

—¿Cómo ha llegado a esa conclusión?

—Elemental, Madeleine. Estando el hotel América en la zona sur de la ciudad, es imposible que la guarida de los secuestradores se halle al norte de la misma, según demuestra el hecho de que sus raptos invirtieran más tiempo en recorrer la distancia existente entre el hotel América y su guarida, que de ésta al lugar donde se detuvo el «Chevrolet», que también está al sur de Los Angeles.

—Bien, ya sabemos que la guarida de los secuestradores se halla en la costa y al sur de Los Angeles. ¿Cree que con eso hemos adelantado mucho?

—No, es cierto. Pero me sirve para empezar.

—¿Para empezar a qué?

—A buscar a los tipos que la secuestraron.

—¿Usted...?

—Yo.

—Usted es reportero, Mark, no policía...

—Verá, es que sospecho de cierta persona.

—¿De quién?

—¿Me promete mantenerlo en secreto?

—Se lo prometo.

—Sospecho de Edward Nichols.

CAPÍTULO VI

Madeleine Perier se quedó de muestra.

—¿Que sospecha usted del señor Nichols...? —balbuceó.

—Sí, Madeleine.

—¡Eso es un disparate, Mark!

—Admito que a simple vista lo parece, pero tengo mis razones para pensar que el director de los estudios Continental es la persona que preparó todo el plan.

Madeleine sacudió la cabeza negativamente.

—Imposible, Mark. Si hubiese sido cosa del señor Nichols, los secuestradores no se habrían equivocado.

—¿Equivocado...?

—Naturalmente. Los secuestradores querían raptar a Brigitte Morgan, ¿no? Y a Brigitte Morgan la tenía Edward Nichols en su casa.

Mark Brannon sonrió.

—No hubo ninguna equivocación, Madeleine. El plan consistía en raptar a la doble de Brigitte Morgan, es decir, a usted.

La joven se apretó las sienes.

—No entiendo nada de lo que dice, Mark... Los secuestradores estaban convencidos de que yo era Brigitte Morgan, cuando usted les dijo la verdad no le creyeron, le golpearon porque pensaban que mentía...

—Representaron una farsa, estoy seguro. Debían mostrarse furiosos y darme algunos golpes antes de largarse con los cien mil dólares. ¿No le resultó a usted demasiado extraño que la dejaran en libertad, sin antes convencerse de que, en efecto, era usted la doble de Brigitte Morgan?

Ella no dijo nada, siguió mirándole, con la mente hecha un lío.

—De no haber sabido de antemano que usted no era Brigitte Morgan —continuó Mark—, no hubieran renunciado tan pronto a los otros novecientos mil dólares. No soy tan ingenuo como para pensar que la soltaron porque creyeron lo que yo les dije.

—¿Por qué razón iba Edward Nichols a preparar un plan para secuestrarme?

—Sólo veo una: el dinero.

—El señor Nichols es un hombre rico...

—Conozco varios millonarios que están en la cárcel por haber aumentado su fortuna empleando medios que están penados por la ley.

—Secuestrando a Brigitte Morgan hubiese obtenido un rescate mucho mayor. ¿Por qué, entonces, me secuestró a mí?

—Ésa es una buena pregunta, Madeleine.

—Para la cual no tiene usted respuesta, ¿verdad?

—Sí, sí la tengo. En mi opinión, Edward Nichols pensaba que Brigitte Morgan accedería a pagar por usted un millón de dólares con tal de salvarle la vida. Por otra parte, secuestrándola a usted, Edward Nichols quedaba libre de toda sospecha, puesto que él sabía que la auténtica Brigitte Morgan no estaba en el hotel América.

—Pues a usted le ha faltado tiempo para sospechar que fue cosa suya.

—Ya le dije antes por qué: los secuestradores sabían que usted no era Brigitte Morgan. Y eso sólo pudo habérselo dicho una persona: Edward Nichols.

—Toda su teoría se basa en eso, ¿verdad? En que piensa que los secuestradores sabían que yo era la doble de Brigitte Morgan.

—Así es.

—Puede estar usted equivocado, Mark, admítalo.

—Sé que no lo estoy. Y espero demostrarlo.

Madeleine Perier guardó silencio.

—¿En qué piensa, Madeleine?

—En todo lo que me ha dicho. Si sus sospechas son ciertas, Edward Nichols debe pensar que su plan ha sido un fracaso, puesto que no ha obtenido el millón de dólares, sino tan sólo una décima parte de él.

—También yo he pensado en eso, Madeleine. ¿Y sabe lo que creo? Que Edward Nichols ya debe estar planeando un nuevo

secuestro, pero en esta ocasión, el objetivo no será usted, sino Brigitte Morgan.

Madeleine agrandó los ojos.

—¿De veras piensa eso, Mark...?

—Pondría la mano en el fuego. Si René y Jacques no andan más listos esta vez, el secuestro de Brigitte Morgan será pronto un hecho.

La joven volvió a quedar pensativa.

Mark no quiso interrumpir sus meditaciones.

Llegaron a la casa de Edward Nichols.

Mark hizo sonar el carísimo carillón.

Abrió Clara, la doncella.

—Hola, Clarita —dijo Mark—. ¿Dónde está el señor Nichols?

—En el *living*, con la señorita Morgan —respondió la doncella, mirando con asombro a Madeleine Perier—. Mi madre, sí que son iguales... —murmuró.

—¿Sabrías distinguirlos? —preguntó Mark, sonriendo.

—Le juro que no, señor Brannon.

—Pues yo sí.

—¿Cómo lo consigue?

—Es un secreto —respondió Mark, y él y Madeleine echaron a andar hacia el *living*.

Edward Nichols y Brigitte Morgan, que se hallaban sentados en el diván, muy cerca el uno del otro, se pusieron rápidamente en pie al verles entrar.

La estrella de cine corrió hacia su doble y se abrazó a ella.

—¡Madeleine!

Madeleine Perier correspondió al abrazo.

—¿Estás bien, querida?

—Perfectamente, señorita Morgan.

La actriz se mordisqueó los labios.

—No sabes cuánto siento lo ocurrido.

Edward Nichols se acercó a Madeleine.

—Hemos estado muy preocupados por usted, Madeleine.

—Lo supongo, señor Nichols —repuso la joven, procurando no evidenciar Ja desconfianza que ya empezaba a sentir hacia el director de los estudios Continental.

—Menos mal que todo se solucionó —dijo él.

—Sí, menos mal.

Edward Nichols miró al reportero del *Star*.

—¿Hubo algún problema, señor Brannon?

—Sí, lo hubo. Como ya sospechábamos, los secuestradores se negaban a admitir que no habían raptado a Brigitte Morgan, sino a su doble.

—¿De qué modo los convenció?

—Me golpearon, porque creían que mentía, pero yo seguí diciéndoles que la joven que tenían en su poder no era Brigitte Morgan. Inexplicablemente, al menos para mí, tomaron el maletín del dinero y se largaron, dejando en libertad a Madeleine.

—Debieron darse cuenta finalmente de que usted estaba diciendo la verdad.

—Tal vez. Pero me cuesta trabajo creer que renunciasen tan pronto al millón de dólares y se conformasen con sólo cien mil.

Brigitte Morgan intervino:

—Cien mil dólares tampoco es una suma despreciable.

—Cierto —convino Mark—. Pero resulta insignificante para quienes se habían hecho a la idea de hincarle el diente a un suculento millón.

Madeleine Perier dijo:

—Le doy las gracias por haber accedido a pagar cien mil dólares por mi rescate, señorita Morgan.

La actriz sonrió.

—No tiene importancia, Madeleine. Tú te lo mereces todo.

Brigitte Morgan se fijó en Mark.

—Quiero recompensarle por haberse ofrecido a llevar el dinero a los secuestradores, señor Brannon.

—Olvídelo, señorita Morgan.

—¿No aceptaría un cheque por valor de...?

—No, ni un solo centavo.

Ella sonrió como si estuviera ante las cámaras.

—Un muchacho desinteresado, ¿eh?

—Mi único interés era poder hacer un buen reportaje sobre el secuestro. Y aunque la secuestrada resultó ser un doble, lo voy a hacer igualmente. El número de mañana del *Star* va a causar sensación.

Edward Nichols dio un respingo.

—¿Va a contar en su periódico todo lo sucedido...?

—Sí, señor Nichols. ¿Hay algún inconveniente?

—Bueno, no creo que beneficie mucho a Brigitte Morgan el que se sepa que ella llegó anteayer de incógnito a Los Angeles, y que la que se presentó ayer era su doble. Los chicos de la prensa, sus colegas, podrían tomarlo a mal y mostrarse duros con ella.

—Creo que el señor Nichols tiene razón, señor Brannon —dijo la actriz—. Sus compañeros podrían pensar que quise tomarles el pelo.

—Tengo una solución para eso, señorita Morgan —repuso Mark—. Justificaré el hecho diciendo que, por causa de un dolor de muelas, se le produjo una hinchazón que le dejó el lado derecho de la cara como un bollo recién hecho. Todos encontrarán lógico que usted no quisiera dejarse fotografiar mientras no le desapareciese el bollo facial.

Brigitte Morgan rompió a reír.

—Ha tenido usted una idea genial, señor Brannon.

—¿También a usted le parece buena, señor Nichols? —preguntó Mark, escrutando los ojos del director de los estudios Continental.

Edward Nichols sonrió suavemente.

—Sí, es un buen pretexto.

—Puede usted escribir libremente su reportaje sobre el secuestro de Madeleine —dijo Brigitte Morgan.

—¿No le importa que le tome unas fotos, señorita Morgan?

—Por supuesto que no.

—¿A usted tampoco, Madeleine?

—Estoy a su disposición, Mark —sonrió Madeleine Perier.

—Gracias a las dos. Voy por mi cámara, la tengo en el coche.

Mark Brannon se encaminó hacia la puerta del *living*. Apenas había dado tres pasos, cuando por el hueco de la puerta apareció Clara, la doncella, toda temblorosa.

Y un tipo, que la estaba apuntando con su pistola automática.

Tras ellos surgieron otros tres individuos, igualmente armados.

Mark reconoció inmediatamente a los individuos. Eran los mismos que habían tenido secuestrada *Madeleine Perier*.

CAPÍTULO VII

El *living* quedó adornado momentáneamente por cuatro estatuas de carne y hueso: Mark Brannon, Edward Nichols, Brigitte Morgan y Madeleine Perier.

El mandamás del grupo, que era quien había entrado primero encañonando a la doncella, advirtió con su vozarrón:

—Todos quietecitos o las pistolas empezarán a funcionar.

La indicación sobraba, porque más quietos ya no podían estar.

El fulano clavó sus ojos en la actriz francesa.

—De modo que era cierto, ¿eh? —sonrió desagradablemente—. La que nos llevamos del hotel América era su doble.

A Brigitte Morgan se le escapó un gemido.

—Eche a andar hacia aquí, princesa —ordenó el individuo.

Brigitte Morgan no se movió.

El tipo endureció la expresión.

—¿No me ha oído, encanto? Le ordené que echara a andar hacia aquí.

—¡No quiero! —respondió nerviosamente la actriz.

—¿Que no quiere...? —exclamó el sujeto, y a continuación soltó una ruidosa carcajada—. ¿Habéis oído esto, muchachos? La chica dice que no quiere venir.

Los otros tres individuos recorrieron los labios y mostraron los dientes.

Resultaba difícil saber si estaban sonriendo o quejándose en silencio.

El tipo que había lanzado la sarcástica risotada, gruñó:

—Mire, primor, no nos agradecería tener que dejar caer nuestras pesadas manos sobre su bonito cuerpo, porque luego las señales tardan en irse. No querrá usted filmar su próxima película llena de

cardenales, ¿verdad?

En el rostro de Brigitte Morgan se reflejó el terror.

El individuo añadió:

—No sea tonta y obedezca. Si no nos causa problemas, no sufrirá ningún daño. Su doble se portó bien y nosotros no la molestamos en ningún momento, ella misma puede decírselo.

Brigitte Morgan, con un hilo de voz, preguntó:

—¿Van a llevarme con ustedes?

—Sí, preciosa.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta mañana por la noche. Suponiendo, claro, que a la hora y en el lugar que luego indicaremos, se presente nuevamente este tipo —señaló a Mark Brannon—, pero no con cien mil dólares, sino con un millón enterito. Si faltase un solo dólar, la cortaríamos a usted en pedacitos y la echaríamos al mar.

A Brigitte Morgan se le escapó otro gemido al oír lo de los pedacitos, mientras una oleada de frío le recorría el cuerpo.

—Tendrán ese millón, se lo juro —balbució, sin color en las mejillas—. El señor Nichols se encargará de reunirlo.

—Por su bien, esperemos que así sea —repuso el fulano—. Vamos, camine hacia aquí de una vez.

Brigitte Morgan, con paso vacilante, se aproximó a los secuestradores.

El tipo que daba las órdenes miró a Edward Nichols.

—Ni una palabra a nadie sobre el secuestro de Brigitte Morgan, ¿entendido, señor Nichols? Y no olvide que esta vez ha de mandarnos un millón.

El director de los estudios Continental asintió con la cabeza.

El individuo desvió la mirada hacia el reportero del *Star*.

—Acuda con el dinero, a las diez en punto, a la carretera que pasa por arriba de Cala Dorada. Conoce el lugar, ¿verdad?

—Sí —respondió Mark.

—Le estaremos esperando.

El sujeto tomó del brazo a Brigitte Morgan, para sacarla del *living*.

Ella miró a Edward Nichols con ojos suplicantes.

Éste la tranquilizó, diciendo:

—No tema, Brigitte. El señor Brannon acudirá mañana a ese

lugar con el millón de dólares.

Antes de abandonar la estancia, el tipo que había cogido del brazo a Brigitte Morgan, ordenó:

—Permanezcan todos aquí durante media hora. Si alguien asoma la cabeza antes de ese tiempo, se expone a que se la vlemos de un balazo.

Los cuatro individuos salieron del *living*, llevándose a la actriz francesa.

Edward Nichols, Mark Brannon, Madeleine Perier y la doncella continuaron quietos, sin decir nada.

La doncella, que permanecía de espaldas a la puerta, musitó:

—¿Ya se han ido?

—Sí, ya se han ido —respondió Mark, pasándose una mano por la nuca.

La doncella suspiró hondamente.

—¿Me autoriza a que me siente, señor Nichols? Noto que las rodillas se niegan a sostenerme.

Edward Nichols asintió con un gesto.

La doncella dio unos pasos titubeantes y se dejó caer en el diván.

—Dios, que miedo he pasado... Oí sonar el carillón, abrí la puerta tan confiada, y de pronto, ¡zas!, cuatro tipos que surgen silenciosos como fantasmas y me apuntan con sus pistolones. Todavía no me explico cómo no me desmayé del susto.

—Todos nos asustamos, Clara —dijo Edward Nichols.

Mark miró fijamente al director de los estudios Continental.

—Bien, la situación vuelve a ser la misma, señor Nichols.

—Sí, eso parece, señor Brannon. Pero hay una diferencia: ahora la secuestrada sí es Brigitte Morgan.

—¿Cómo pudieron averiguar los secuestradores que Brigitte Morgan se encontraba aquí, en su casa?

Edward Nichols se encogió de hombros.

—Lo ignoro, señor Brannon. Aunque lo más probable es que les siguieran a ustedes, pensando que de ese modo descubrirían dónde se escondía la auténtica Brigitte Morgan, como de hecho ha sucedido.

Mark estuvo a punto de replicarle que no, que los secuestradores no les habían seguido, que si sabían dónde se ocultaba Brigitte Morgan era porque estaban a sus órdenes.

No lo hizo, claro.

Para poder formular una acusación como aquélla, era necesario tener pruebas concretas e irrefutables.

Y todavía no las tenía...

Mark soltó un chorro de aire por los orificios nasales.

—Bien, mi reportaje tendrá que esperar veinticuatro horas más.

—Y la rueda de prensa prometida por Brigitte Morgan, también —dijo Edward Nichols.

—Les dejo, señor Nichols. Todavía tengo que pasarme por la redacción del *Star*.

Edward Nichols consultó su reloj de oro.

—Aún faltan bastantes minutos para la media hora dada de plazo por los secuestradores, señor Brannon. ¿No teme que...?

—Los secuestradores ya deben estar lejos, señor Nichols —sonrió Mark—. Buenas noches a todos.

—Espere, Mark —dijo Madeleine Perier—. Le acompañaré hasta la puerta.

Mark y Madeleine salieron del *living*.

Una vez en el vestíbulo, ella le miró a los ojos, visiblemente preocupada.

—¿Sigue creyendo que es cosa de Edward Nichols, Mark? —le preguntó en voz baja.

—Ahora todavía estoy más convencido de ello, Madeleine.

—¿Qué piensa hacer?

—Ya se lo dije. Tratar de descubrir a los secuestradores y desenmascarar a Edward Nichols.

—Eso no le será fácil.

Mark Brannon sonrió.

—Tampoco era fácil conocer a una chica como usted, y yo he tenido esa suerte. Madeleine Perier le devolvió la sonrisa.

—Vuelve a ponerse en plan conquistador, ¿eh?

—Sólo trato de hacerle saber que me gusta usted, Madeleine.

—Eso ya me lo dijo mientras le daba las friegas de alcohol.

—Pero como usted me respondió que se lo dijese en otro momento, se lo repito ahora.

—Muy bien, quedo enterada.

Mark Brannon arqueó las cejas.

—¿Qué pasa, es que no me cree?

—Oh, sí, claro que le creo.

—Noto en sus respuestas un cierto aire guasón.

—¿De veras? —sonrió ella, con ironía.

Mark le rodeó la cintura.

—Madeleine, siento enormes deseos de besarla.

—Le aconsejo que no lo haga.

—Lo necesito tanto como el comer, el beber, el respirar...

—Esa frase no es suya.

—No, pero me sirve —repuso él, acercándole la cara.

Mark, no quisiera tener que darle otra bofetada.

—Pues no me la dé.

—Es que se la está buscando.

—Lo que yo busco es otra cosa.

—Cuando lo encuentre, se habrá ganado la bofetada.

—La recibiré resignadamente —dijo Mark, y como ya tenía los labios de Madeleine a un par de centímetros de los suyos, la besó.

Después, se separó de ella y ladeó ligeramente la cabeza.

—Puede atizarme cuando guste, Madeleine —dijo, cerrando un ojo.

—Debería hacerlo —repuso ella, reprimiendo una sonrisa, porque el gesto del reportero resultaba cómico.

—En esta mejilla, por favor. El otro pómulo lo tengo hecho un asquito.

—Por esta vez, se libra usted de la bofetada.

Mark la miró, sorprendido.

—¿No va a pegarme, Madeleine?

—No.

—¿Por qué?

—Ya ha recibido usted demasiados golpes esta noche.

Mark distendió los labios en una sonrisa.

—Es usted una santa, Madeleine.

—Y usted un carota, Mark.

—Pues mi madre está cansada de decir que soy el mejor de sus hijos...

—Cómo serán los otros.

—¿Puedo confiarle un secreto, Madeleine?

—Adelante.

—Soy hijo único —dijo Mark, y volvió a besarla, pero ahora

fugazmente, porque enseguida echó a correr hacia la puerta.
Desde ella le guiñó el ojo y rápidamente salió de la casa.

* * *

Mark Brannon regresó al día siguiente, minutos antes de las nueve de la noche, en busca del millón de dólares que había de llevar a los secuestradores.

Como de costumbre, le abrió la doncella.

—¿Qué tal, Clarita?

—Hola, señor Brannon —le sonrió ella.

Mark bajó la voz.

—¿No nos ve nadie, Clarita?

—Seguro que no. La señorita Perier está en el *living*, y el señor Nichols ha subido un momento arriba, a sus habitaciones.

—Entonces puedo besarte sin ningún temor —dijo Mark, y lo hizo.

—Usted siempre pensando en lo mismo, señor Brannon.

—La vida así es más bella, Clarita —sonrió Mark, pellizcándole la mejilla.

Se encaminó hacia el *living*.

Cuando entró en él, descubrió a Madeleine Perier sentada en el diván.

La joven, que lucía un bonito vestido de escote ligeramente atrevido, le miró con seriedad.

Mark caminó hacia ella, muy sonriente.

—El hijo único de mi madre le da las buenas noches, Madeleine.

—El hijo único de su madre puede irse al cuerno.

Mark se quedó clavado, con la boca abierta.

—¿Cómo ha dicho, Madeleine...?

—Que puede irse usted al cuerno, Mark Brannon.

—Pero...

—Ni pero ni porras.

—¿Está enojada conmigo porque anoche la volví a besar y después me largué corriendo?

—Es una de las razones.

—¿Hay más?

—Hay más.

—Hábleme de ellas, se lo ruego.

Madeleine Perier lo fulminó con la mirada y dijo en tono burlón:

—«¿No nos ve nadie, Clarita?». Y luego, ¡zas!, beso con ella.

Mark respingó cómicamente.

—¿Lo vio usted, Madeleine?

—Sí, lo vi.

—¿Cómo es posible, si usted estaba aquí...?

Ella apretó los dientes.

—Oí sonar el carillón, supuse que sería usted, y corrí hacia el vestíbulo. Llegué a tiempo de escuchar lo que decían y de ver el beso que le soltaba usted a la doncella.

Mark entornó los ojos.

—¿Dice usted que oyó sonar el carillón?

—Muy claramente.

—¿Desde aquí?

—¿Por qué se extraña? ¿Acaso cree que soy dura de oído?

Mark avanzó unos pasos y se sentó en el diván, junto a ella.

Madeleine pegó un saltito y dejó medio metro de espacio entre ellos, mientras decía:

—No se me acerque o le muerdo la cara, Mark Brannon.

—Madeleine, tengo que hablarle de algo muy importante.

—Como tenga la osadía de declararse, me quito el zapato y le fracturo el tabique nasal de un taconazo.

—No voy a declararme, Madeleine. No en este momento.

—Le aconsejo por su bien que no lo haga nunca.

—Quiero hablarle de anoche, de cuando secuestraron a Brigitte Morgan. Clara, la doncella, dijo que oyó sonar el carillón, que acudió a abrir la puerta, y cuando lo hizo, surgieron los secuestradores con las armas empuñadas.

Ella le miró ceñudamente.

¿Por qué me habla de eso ahora?

¿Usted oyó sonar el carillón, Madeleine? Anoche, me refiero.

La joven respingó ligeramente.

—No, no lo oí...

—Yo tampoco. Está claro que los secuestradores no lo hicieron funcionar, y por consiguiente, que la doncella mintió.

—¿Y por qué cree usted que mintió, Mark? —preguntó Madeleine, olvidándose momentáneamente de su enfado con él.

—Es evidente que está complicada en el asunto.

En aquel preciso momento apareció Edward Nichols, llevando un maletín en la mano.

—Clara me ha dicho que había llegado usted, señor Brannon.

—Sí, hace unos minutos —dijo Mark, levantándose.

Madeleine le imitó.

—Aquí está el dinero —dijo Edward Nichols, ofreciéndole el maletín—. Un millón de dólares.

—Bien, me voy con él a Cala Dorada.

CAPÍTULO VIII

Mark Brannon llegó puntualmente a la carretera que pasaba por encima de Cala Dorada.

El «Sedán» negro de los secuestradores no tardó; en aparecer, llevando a tres de ellos.

Hicieron lo mismo que la noche anterior: cachearle cuidadosamente y obligarle a entrar en el «Sedán».

Uno de ellos se introdujo en el «Ford» del reportero.

Los dos vehículos se pusieron en marcha, recorrieron unos kilómetros y luego tomaron un camino que les llevó hasta donde aguardaba el «Chevrolet».

El mandamás del grupo ordenó a Mark que abriera el maletín.

Como había asegurado Edward Nichols, contenía un millón de dólares, lo cual hizo que los ojos de los tipos brillaran codiciosamente.

El que daba las órdenes se apoderó del maletín y después apuntó con su pistola a una de las ruedas delanteras del «Ford» de Mark.

—¡Espere! —exclamó éste.

—¿Qué le pasa, amigo? —Gruñó el individuo.

—No es necesario que se cargue ninguna rueda, hombre.

—Aquí soy yo quien decide lo que es necesario y lo que no lo es.

—Pero...

De nada sirvieron las objeciones de Mark.

El sujeto hizo funcionar su automática y destrozó la rueda de la derecha.

A una indicación suya, el tipo del «Chevrolet» hizo salir a Brigitte Morgan.

La actriz corrió hacia el reportero y se abrazó a él, asustada.

Los cuatro fulanos se introdujeron en sus vehículos y se alejaron

de aquel solitario lugar.

Mark le dio unas palmaditas a la espalda a Brigitte Morgan.

—Serénese, Brigitte. Ya está usted libre como un pájaro.

—Todavía me tiembla todo, Mark. —Sí, ya me doy cuenta.

—He pasado un miedo espantoso.

—Tranquilícese, ya no hay nada que temer.

—Abráceme, Mark.

—La estoy abrazando.

—Más fuerte.

Mark la oprimió contra su pecho.

—¿Así?

—Más fuerte, más fuerte.

—A ver si le hundo alguna costilla.

—No diga bobadas.

Mark la estrujó materialmente.

—¿Mejor ahora, Brigitte? —Sí, Mark, mucho mejor.

Me alegro.

Pronto cesarán los temblores.

—Por mí no tenga prisa.

—Le estoy muy agradecida, Mark.

—No tiene importancia.

—¿Me deja que le de un beso?

—Todos los que quiera.

Brigitte Morgan le besó expertamente.

Como Mark Brannon también dominaba aquella asignatura, le correspondió adecuadamente.

—Este beso merecía haberse filmado, Mark.

—Estamos de acuerdo, Brigitte.

Se dieron otro beso.

—He de cambiar la rueda que han destrozado esos tipos.

—Manos a la obra.

Mark realizó el cambio y ambos entraron en el «Ford».

—Estoy pensando, Brigitte, que debería llevarla al hotel América.

—¿Por qué no a casa del señor Nichols?

Mark no quiso decirle lo que pensaba sobre el director de los estudios Continental y su atractiva doncella.

—En el hotel están René y Jacques. Y usted necesita protección,

Brigitte.

Ella respingó nerviosamente.

—¿Teme usted que esos cuatro individuos intenten de nuevo secuestrarme?

—No debemos descartar esa posibilidad, Brigitte.

Y en casa de Edward Nichols la veo a usted mucho menos segura.

—De acuerdo, Mark. Lléveme al hotel.

Un rato después, Mark Brannon aparcaba su «Ford» cerca del hotel América. Entraron por la puerta de servicio y llegaron a las habitaciones destinadas a Brigitte Morgan.

Mark pulsó el timbre.

Abrió René.

—¡Madeleine! —exclamó, con ojos como puños.

—Madeleine, no, tarugo —replicó la actriz, contrariada.

—¡Señorita Morgan! —Respingó con fuerza Jacques.

Brigitte Morgan entró.

Mark quiso hacer lo propio, pero René le puso su manaza en el pecho y lo detuvo.

—Quieto ahí, amigo.

También Jacques le miró con fiero gesto.

Brigitte Morgan envió una mirada furibunda a sus dos guardaespaldas.

—¿Se puede saber qué os pasa, mequetrefes?

—Este tipo lleva una cámara fotográfica colgada del hombro —dijo René.

—Hombre, siendo reportero, no pretenderás que lleve una caña de pescar —replicó la actriz.

—Anteayer, poco antes de que aquellos tipos secuestrasen a Madeleine, se presentó aquí vestido de camarero —informó Jacques.

—Lo sé.

—Puede que esté de acuerdo con los secuestradores —aventuró René, mirando con desconfianza al reportero.

—Otra tontería como ésa y os despido a los dos. Vamos, dejadlo entrar de una vez.

René y Jacques se apartaron, permitiendo el paso a Mark.

Brigitte Morgan los miró de forma acerada.

—No os dejaréis sorprender de nuevo, ¿verdad?

—Seguro que no, señorita Morgan —respondió rápidamente René.

—Si alguien se asoma por esa puerta, lo convertiremos en un pingajo —añadió Jacques.

—Confío en que así sea —repuso Brigitte Morgan—. Os contraté por lo fuertes y por lo brutos, pero como me volváis a fallar, tendréis que buscaros otro empleo. Venga conmigo, Mark.

Brigitte Morgan se introdujo en la otra habitación, seguida de Mark Brannon.

Ella le miró, sonriendo maliciosa.

—Bien, Mark, puede tomarme esas fotos que necesita para su reportaje.

—Vamos con ello, Brigitte.

Mark se las hizo en pocos minutos.

El tentador lunar salió en varias de ellas.

Y no precisamente por sugerencia del reportero...

—Gracias, Brigitte.

—¿Se va ya, Mark?

—Sí.

—¿Por qué tanta prisa? —inquirió ella, sonriéndole atrevidamente.

—Todavía tengo que ir a casa de Edward Nichols, a decirle que usted está aquí y a tomarle unas fotos a Madeleine. Y después, a la redacción del *Star*, a escribir mi reportaje.

Brigitte Morgan le cercó el cuello con sus brazos.

—Quédese unos minutos conmigo, Mark —murmuró.

—Tendrán que ser muy pocos —condicionó él.

—No importa, los aprovecharemos al máximo.

—Hale, a ver si es verdad —repuso Mark, uniendo su boca a la de ella.

* * *

—Ya estoy de vuelta —dijo Mark, entrando en el *living*.

Edward Nichols y Madeleine Perier le miraron con extrañeza.

—¿Dónde está Brigitte Morgan? —interrogó Nichols.

—¿No la soltaron los secuestradores? —inquirió Madeleine.

—Oh, sí, cumplieron su palabra. Brigitte Morgan se encuentra en el hotel América, sana y salva —comunicó Mark.

—¿En el hotel...? —se sorprendió Edward Nichols—. ¿Por qué no la trajo aquí, señor Brannon?

—Brigitte Morgan se siente más segura allí, en compañía de René y Jacques.

Madeleine estaba protegida por ellos, pero no sirvió de mucho.

Supongo que los guardaespaldas de Brigitte Morgan tomarán mayores precauciones esta vez, para no dejarse sorprender de nuevo.

—Eso espero. De todos modos, me acercaré en un momento al hotel América. Quiero asegurarme de que Brigitte está bien.

—Lo está, ya se lo he dicho.

Edward Nichols sonrió.

—Prefiero comprobarlo personalmente, señor Brannon. Brigitte Morgan significa mucho para los estudios Continental. ¿Viene usted o se queda?

—Me quedo. Quiero tomarle unas fotos a Madeleine, para mi reportaje. A Brigitte Morgan se las he tomado ya.

—Muy bien, señor Brannon. Les dejo.

Edward Nichols salió del *living*.

Madeleine y Mark se miraron.

Ella tenía el ceño arrugado.

—¿Sigue usted enfadada conmigo, Madeleine? —carraspeó él.

—Dejemos eso, será mejor.

—Quiero que volvamos a ser amigos.

—No quiero ser amiga de un sinvergüenza.

Mark chascó la lengua repetidas veces, al tiempo que sacudía la cabeza.

—Yo no soy un sinvergüenza, Madeleine.

—Besar a todo el mundo es de sinvergüenzas. Y eso es lo que usted hace: besar a todo el mundo.

—Si todos siguieran mi ejemplo, el mundo sería mucho mejor. En vez de discusiones, de puñetazos y de guerras, besos, muchos besos. El beso es el símbolo de la paz, del cariño, del amor hacia nuestros semejantes. Y yo, Madeleine, amo mucho a mis semejantes.

—Especialmente, a las mujeres —repuso ella, con sarcasmo.

Mark tosió levemente.

—Bueno, creo que eso es lógico, Madeleine. Los hombres debemos amar un poquito más a las mujeres. Y las mujeres, un poquito más a los hombres. Mientras sea así, la especie humana no se extinguirá.

—Tiene usted más cara que una apisonadora.

—Madeleine...

—No se acerque. Las fotos puede tomarlas desde ahí.

—¿No va a perdonarme que besara a Clara?

—No me importa un pito que besase usted a Clara. Lo que me indigna es que también me besó a mí y no le arranqué una oreja de un bocado.

—No lo hizo porque comprendió que era un beso sincero.

—Sólo lo parecía.

—Le juro que lo era, Madeleine. ¿Y sabe por qué? Porque creo que estoy enamorado de usted.

Ella sonrió sarcásticamente.

Usted, a juzgar por lo que dijo antes, está enamorado de millones de mujeres.

Pero sólo puedo casarme con una.

Madeleine Perier le miró ceñudamente.

—Tiene usted quince segundos para empezar a tomarme esas fotos.

Mark cabeceó.

—De acuerdo —dijo, llevándose la cámara a la cara—. Sonría, por favor.

—No tengo ganas.

—Haga un esfuerzo, mujer.

—No quiero.

—Saldrán unas fotos muy tristonas.

—No me importa.

—Está bien, como quiera —repuso Mark, y empezó a disparar su cámara desde distintos ángulos.

—¿No tiene ya bastantes? —Se impacientó ella.

—Me gustaría tomarle otra más, sentada en el diván, mostrando ligeramente las piernas.

—Las piernas se las mostrará su abuela.

—Pues no crea, de joven las tenía muy bonitas. Pero claro, con el paso de los años...

—Ya se está largando de aquí.

—Diablos, ni que tuviera la peste —rezongó Mark—. Está bien, me marcho. Pero conste que no merezco este trato tan severo. Buenas noches, Madeleine.

Giró sobre sus talones y caminó hacia la puerta.

—Mark, espere.

El reportero se volvió, sonriendo ampliamente.

—Ha comprendido que se ha portado mal conmigo, ¿eh? Bien, no se preocupe, la perdono de todo corazón.

—Nadie le está pidiendo perdón.

—Oh, yo creí... —repuso Mark, un tanto desilusionado.

—Sólo quiero hacerle una pregunta. ¿Le dijo a Brigitte Morgan que sospecha usted de Edward Nichols?

—No.

—¿Tampoco que la doncella mintió anoche al decir que había sonado el carillón? —Tampoco. De eso no he hablado con nadie, excepto con usted. Y no pienso hacerlo hasta que no tenga pruebas suficientes para mandarlos a ambos a la cárcel. Usted también debe mantenerlo en secreto, Madeleine.

—Lo haré, no se preocupe.

Mark la miró en silencio y luego dijo:

—La quiero, Madeleine.

—Fuera —ordenó ella, indicándole la puerta con el brazo.

—Desde que la conozco no ha hecho usted más que tirarme de los sitios. Me siento como un perro mal enseñado, de esos que manchan las alfombras.

Mark se dio cuenta de que ella reprimía una sonrisa.

Sin embargo, volvió a ordenarle:

—Márchese, Mark.

—Me voy —suspiró él—. Pero con el corazón desgarrado como una cortina vieja por su falta de comprensión.

—Usted no se va a ningún sitio, señor Brannon —dijo una voz, a sus espaldas.

Mark se volvió, respingando.

Descubrió a la doncella en la puerta del *living*.

La atractiva morena sostenía una pistola en la diestra.

Le estaba apuntando a él.

Mark tragó saliva con dificultad.

—¿Qué haces con eso en la mano, Clarita?

Ella sonrió irónicamente.

—Lo he oído todo, señor Brannon.

—¿Qué has oído?

—Que sospecha de mí por lo del carillón. Sí, tiene usted razón, no sonó. Habíamos convenido que yo les abriría poco después de que usted y la señorita Perier entrasen en la casa. Así lo hice, aunque luego cometí el pequeño desliz de mencionar que oí sonar el carillón. Y usted, que es un rato listo, supo reparar en ello.

—Lo descubrí por casualidad, no creas.

—Más le hubiera valido no descubridlo, señor Brannon. No sé qué voy a hacer ahora con usted y con la señorita Perier.

Madeleine se estremeció.

Mark repuso:

—Tendrás que consultarlo con el señor Nichols, supongo.

—Ignoro por qué sospecha usted del señor Nichols, él no tiene nada que ver en esto.

—¿Que no tiene nada que ver...? —repitió Mark, entornando un ojo.

—En absoluto, señor Brannon. Fui yo quien lo preparó todo. Los hombres que llevaron a cabo ambos secuestros están a mis órdenes. En principio, el plan era secuestrar a Brigitte Morgan en el hotel América, para lo cual se alojaron en él, con nombres falsos, esos cuatro hombres que ustedes ya conocen. Inesperadamente, el señor Nichols me telefoneó desde París, anunciándome que Brigitte Morgan llegaría un día antes, de riguroso incógnito, y se ocultaría en esta casa, mientras que con él llegaría su doble, que sería quien ocupase las habitaciones que se habían reservado en el hotel América para Brigitte Morgan.

—Sabiendo que no era Brigitte Morgan la que se alojaba en el hotel, ¿por qué la secuestrasteis?

—No podíamos secuestrar a Brigitte Morgan en esta casa, puesto que siendo yo la única persona a quien el señor Nichols había confiado el secreto, él hubiera sospechado inmediatamente de mí. Por otra parte, pensamos que raptando a la doble de Brigitte Morgan podríamos conseguir igualmente el millón de dólares que nos habíamos propuesto obtener. Sin embargo, no fue así; Brigitte Morgan demostró no tener demasiado buen corazón y sólo accedió

a entregarnos cien mil dólares. Pero no nos importó, porque luego la secuestramos a ella y le sacamos el millón. Y sin que nadie pudiese sospechar de mí, puesto que como muy bien observó el señor Nichols, los secuestradores pudieron haberles seguido a usted y a la señorita Perier, descubriendo así que Brigitte Morgan se ocultaba en esta casa.

Todo muy bien planeado, Clarita.

—Lástima que cometiera el error de decir que acudí a abrir porque había oído sonar el carillón.

—Por la boca muere el pez.

La doncella sonrió.

—Afortunadamente, estoy en condiciones de rectificar mi error. Ni usted ni la señorita Perier podrán delatarme a la policía.

Madeleine volvió a estremecerse.

—¿Piensa matarnos? —murmuró, muy pálida.

La doncella, ignorando la pregunta de Madeleine, ordenó:

—Siéntense los dos en el diván.

Mark y Madeleine obedecieron en silencio.

Clara se acercó al teléfono y descolgó el auricular con la mano izquierda, sin dejar de apuntar al reportero. Con la misma mano disco un número. Luego se llevó el receptor al oído.

—¿Andy...? Al habla Clara. Ha surgido un imprevisto, Andy. El reportero del *Star* y la doble de Brigitte Morgan lo saben todo. No, no te alarmes, los tengo aquí, apuntándoles con mi pistola. Venid inmediatamente. No, Edward Nichols y Brigitte Morgan no están en la casa. El reportero la llevó directamente al hotel, y el señor Nichols se ha reunido con ella. Tardará en regresar, porque cuando él y Brigitte Morgan están a solas en una habitación, se lo pasan la mar de bien. No, no te preocupes, ellos no saben nada. Daos prisa, Andy.

La doncella dejó el auricular sobre las horquillas y se sentó en un sillón, a unos seis metros del diván.

—Esos gorilas nos obligarán a ir con ellos, ¿verdad? —dijo Mark.

Clara asintió dando una cabezada.

—¿Qué explicación le darás al señor Nichols cuando regrese y descubra que la señorita Perier no está en la casa?

—Le diré que se fue con usted, señor Brannon. No creo que él se

extraña. La señorita Perier es joven y bonita; usted, muy apuesto. Es normal que ambos deseen correr juntos una aventura en algún lugar tranquilo y solitario.

—La señorita Perier no correría una aventura conmigo ni llevándola atada.

—La señorita Perier es tonta. Yo hubiera ido gustosamente con usted a cualquier parte, señor Brannon.

—Eso aún podemos arreglarlo, Clarita —sonrió Mark.

—No, ya no; es demasiado tarde.

—Nunca es demasiado tarde. ¿Cuánto te corresponde a ti de ese millón largo que habéis obtenido en los secuestros?

—La quinta parte.

—Que son doscientos veinte mil dólares.

—Si Pitágoras no miente.

—Con ese pellizco podríamos darnos la gran vida en México, Clarita.

—¿Usted y yo?

—Naturalmente. No necesitamos a nadie más.

—¿Y qué hacemos con la señorita Perier?

—La tiramos al mar con una piedra al cuello.

Clara se echó a reír, mientras Madeleine miraba al reportero llena de estupor.

Mark esquivó la mirada de Madeleine y soltó un carraspeo.

—¿Aceptas, Clarita?

—No, señor Brannon. No me fío de usted.

—¡Hace muy mal! —exclamó Madeleine, despidiendo fuego por los ojos—. ¡Mark Brannon es peor que una víbora! ¡Debería sacarle los ojos con mis propias uñas!

Mark brincó del diván y quiso correr hacia la doncella, pero ésta gritó:

—¡Quieto ahí o disparo!

—¿No has oído lo que ha dicho esta fiera, Clarita...?

—Siéntese de nuevo en el diván —ordenó ella, fríamente.

—¡Quiere sacarme los ojos!

—Tiene tres segundos para sentarse, señor Brannon.

—¡Para quedarme ciego, querrás decir!

—Ya han pasado los tres segundos.

Mark se dejó caer de nuevo en el diván, pero lejos de Madeleine,

lo cual hizo reír a la doncella.

—Tipo ruin y despreciable... —dijo Madeleine, sin apenas despegar los dientes.

Mark guardó silencio, rehuendo los ojos de la muchacha.

Miró a la otra, a la doncella.

Su treta para apoderarse de la pistola había fallado.

Y si no lo conseguía antes de que apareciesen aquellos cuatro individuos, Madeleine y él estarían irremisiblemente perdidos.

Pero para poder hacerse con el arma que empuñaba Clara, era necesario que ella se confiara o se descuidara.

Como no se confió ni se descuidó en ningún momento, fueron transcurriendo los minutos sin que la situación cambiara.

El carillón empezó a sonar.

—Mis amigos han llegado, señor Brannon —dijo la doncella, levantándose—. Pónganse los dos en pie y caminen hacia el vestíbulo. Pero les aconsejo que no intenten nada, les estaré apuntando en todo momento.

CAPÍTULO IX

Mark Brannon y Madeleine Perier se levantaron.

Echaron a andar lentamente hacia la puerta.

Mark procuró hacerlo de modo que pasase cerca de la doncella, para saltar sobre ella y tratar de arrebatárle el arma, pero Clara pareció adivinarle el pensamiento, puesto que retrocedió unos pasos y dejó una distancia prácticamente insalvable para los propósitos del reportero.

Mark maldijo con el pensamiento.

El y Madeleine cruzaron la puerta del *living* y avanzaron por el corredor, siempre seguidos a prudente distancia por Clara.

Llegaron al vestíbulo.

La doncella se aproximó a la puerta y abrió.

Los cuatro sujetos entraron en la casa, pistola en mano.

—Guardad la artillería, muchachos —dijo Clara, sonriendo—. La situación está controlada.

Los fulanos guardaron sus automáticas.

—¿Qué quieres que hagamos con ellos, Clara? —preguntó el tipo que golpeara a Mark.

—Que os los llevéis y los encerréis. Mañana, cuando vaya yo, decidiremos su suerte.

Vigiladlos bien, Andy.

—Descuida, ya sabes que somos eficientes —sonrió el sujeto—. Vamos, muévanse —ordenó a Marie y a Madeleine, dándole un empujón al primero.

Lo del empujón le vino muy bien a Mark para precipitarse sobre la doncella.

Los dos cayeron al suelo, ella dando chillidos.

Mark le atrapó el brazo derecho con la mano izquierda y con la

otra le arrebató el arma de un tirón.

Se revolvió velozmente, empuñando La pistola.

Justo en aquel momento, la pierna del llamado Andy se disparaba como impulsada por un resorte.

Mark recibió el patadón en el brazo derecho y no pudo evitar que la pistola saliera despedida de su mano, cayendo lejos de él.

La otra pierna del individuo entró en acción, alcanzando al reportero en la boca del estómago.

Mark quedó enrollado, y su rostro empezó a amoratarse.

Andy, que empuñaba nuevamente su automática, la dejó caer sobre la cabeza de Mark Brannon.

Éste se sumió en el pozo de la inconsciencia...

* * *

Cuando abrió los ojos, se encontró tendido boca abajo sobre una cama.

Movió la cabeza, para ojear la habitación.

Se le escapó un grito ahogado, porque tuvo la sensación de que alguien acababa de aplicarle un hierro candente en la parte posterior de la cabeza.

Se llevó una mano allí y las yemas de sus dedos tantearon con cuidado, descubriendo una protuberancia considerable.

Rezongando juramentos se dio la vuelta y quedó sentado sobre la cama. Fue entonces cuando advirtió la presencia de Madeleine. La joven se hallaba sentada en la única silla que había en aquella habitación, junto a la pared de la izquierda.

Le estaba mirando, con el semblante serio.

Mark esperaba que la muchacha dijese algo, pero continuó callada.

—¿No va a preguntarme cómo me encuentro, Madeleine? —carraspeó.

—No, porque no me importa.

—Tengo un chichón aquí detrás que parece una piña.

—Como si quisiera tener media docena.

—Sigue estando enojada conmigo, ya lo veo —suspiró Mark.

Las pupilas de la joven destellaron.

—¿Qué esperaba? ¿Acaso ha olvidado que pensaba tirarme al

mar con una piedra al cuello?

Mark sacudió la cabeza.

—Por Dios, Madeleine, ¿cómo puede decir eso?

—Yo no lo digo, lo dijo usted.

—Pero no en serio, mujer. Sólo trataba de distraer a Clara, para ver si conseguía arrebatarla la pistola.

—Lo que trataba era de convencerla para largarse los dos a México y darse allí la vida padre con los doscientos veinte mil dólares que le corresponden a esa lagartona.

Mark sonrió tristemente.

—Si de veras piensa eso, qué poco me conoce usted, Madeleine.

La joven no replicó esta vez.

Mark bajó de la cama y echó una ojeada a la habitación.

No tenía ventanas.

A través de las paredes llegaba el eco lejano de las olas al romper.

—Aquí la encerraron a usted la otra vez, ¿verdad, Madeleine?

—Sí.

—Es obvio que la puerta estará cerrada con llave.

—Claro que lo está. No hay modo de salir de esta habitación.

Mark se acarició la barbilla, pensativo.

—Tenemos que encontrar uno, Madeleine.

—Encuéntrelo usted, que es tan listo.

Mark la miró fijamente durante unos segundos.

Después, echó a andar hacia ella decididamente.

Madeleine se puso en pie de un salto y le mostró las uñas.

—Atrévase a tocarme y le dejo la cara como un mapa.

Mark movió la cabeza.

—Por todos los santos del cielo, pero qué chica tan desconfiada. ¿Quién Le ha dicho que piense tocarla?

—Le he visto venir con muy malas intenciones.

—No, si todavía resultará que Satanás a mi lado es un buen chico.

—No descarto la posibilidad de que sean hermanos gemelos.

—Ya le dije que soy hijo único —sonrió socarronamente Mark—. Y por favor, no me ordene que me largue de aquí, porque en esta ocasión, me resultaría difícil complacerla.

Ella le miró furiosamente.

—Cínico.

—Guapa.

—No me piropee.

—Fea.

—No me insulte.

—Oiga, usted no está conforme con nada.

—Váyase al diablo.

—Eso es mandarme con mi hermano gemelo. Vamos, según usted.

—Pitorréese de su tía.

—Deje en paz a mi tía, que bastante tiene ella con sus cálculos.

—¿Es profesora de matemáticas?

—Oh, no me refiero a esa clase de cálculos, sino a los otros, a los que tiene en los riñones. Sufre mucho, la pobre.

Madeleine apretó los dientes con rabia.

—Me desespera usted, Mark Brannon.

—Apártese, haga el favor.

—¿Que me aparte? —Pestañeó tila.

—Necesito esa silla, pero si usted no se hace a un lado, no puedo cogerla, porque me expongo a que usted piense otra cosa, me suelte un zarpazo y me deje la mejilla con más surcos que un campo recién labrado.

La joven se apartó, desconcertada.

Mark atrapó la silla, la puso boca abajo y forcejeó con una de las patas traseras hasta arrancarla.

—Bueno, no es una estaca como las que se utilizaban en la Edad de Piedra, pero si se la maneja bien, puede hacer mucha pupa —dijo, contemplando la pata que sostenía en la mano.

Dejó la silla en su posición normal, pegada a la pared.

—¿Qué piensa hacer con esa pata? —preguntó Madeleine.

—No tema, no es para utilizarla contra usted, sino contra esos tipos amigos de Clara. —¿Va a enfrentarse con una simple pata de silla contra cuatro individuos armados con pistolas automáticas?— se extrañó ella.

—Confío en que no tenga que enfrentarme con los cuatro a la vez, porque en tal caso, se esfumarían nuestras esperanzas de salir con bien de esto.

—¿Tiene algún plan, Mark?

—Sí, Madeleine. Y preciso su colaboración.

—Cuente conmigo para lo que sea —repuso ella, con mucha decisión.

Mark elevó una ceja.

—¿Para lo que sea...? —inquirió con ironía.

—No piense cosas atrevidas o le atizo en la espinilla.

—Oh, no tienen nada de atrevidas. Sólo me preguntaba si podría contar con usted para dejar de ser un hombre soltero. Suponiendo que consigamos salir de aquí con vida, claro.

—Eso es lo único que nos interesa ahora: salir de aquí con vida.

—Tiene razón, no es momento para peticiones de mano. Bien, le expondré mi plan.

Mark lo hizo.

Madeleine le escuchó atentamente.

Después, Mark se aproximó a la cama, y tras ocultar la pata de silla bajo la almohada, se tendió en ella boca arriba.

—Adelante, Madeleine.

La joven se acercó a la puerta y golpeó con la palma de la mano.

—¡Eh, oigan! —gritó—. ¡Por favor, vengan!

Segundos después, se oía girar la llave en la cerradura y la puerta se abría, dejando ver a Andy y a otro de los tipos, los dos pistola en mano.

—¿Qué ocurre? —Gruñó el primero.

Madeleine extendió el brazo y señaló la cama.

—Mark Brannon está muy mal, no cesa de delirar...

En efecto, Mark simulaba hallarse preso de una gran excitación. Movía la cabeza y las manos, haciendo muecas raras y pronunciando frases a media voz, sin ninguna coherencia.

Madeleine regresó junto a la cama y miró con honda pena al reportero.

—Cada vez está peor... —murmuró—. Debieron hacerle mucho daño cuando le golpearon en la cabeza con la pistola...

Andy hizo una indicación con el gesto a su compañero y ambos se aproximaron a la cama. Observaron con atención a Mark Brannon.

Éste seguía representando magníficamente su papel.

—Kathy..., feria..., palomitas de maíz..., perritos calientes...

Los tipos elevaron las cejas.

—¿Qué dice? —Gruñó el compañero de Andy.

—Yo qué sé —rezongó éste, rascándose la nuca con la mano zurda.

Mark prosiguió, pero ahora con voz más clara:

—Brigitte..., secuestro..., millón..., billetes falsos...

Andy y el otro fulano respingaron a dúo.

—¡Ha dicho billetes falsos, Andy!

Éste endureció los músculos del rostro.

—Trae inmediatamente una jarra de agua, George. Hemos de reanimar a este tipo y obligarle a que nos aclare ese punto.

George se guardó el arma en la funda sobaquera y se fue en busca de la jarra.

—Aquí..., en mi mano..., está en mi mano... —continuó Mark, cerrando la izquierda, que era la más próxima a Andy.

Éste se inclinó, para tratar de averiguar qué era lo que tenía el reportero en la mano izquierda.

Mientras tanto, la otra, la derecha, se deslizó disimuladamente en busca de la pata de silla.

La mano de Mark se cerró en torno a uno de los extremos de la pata, y un par de segundos después, la descargaba con fuerza sobre la cabeza de Andy.

CAPÍTULO X

Andy emitió un sordo gruñido, puso los ojos en blanco y cayó de bruces junto a la cama.

Mark saltó ágilmente de ella y se hizo con la pistola del sujeto.

Rápidamente se volvió hacia la puerta.

Sabía que el compañero de Andy no tardaría nada en regresar.

Efectivamente, George apareció casi al momento, con la jarra.

Al verse encañonado por la pistola que esgrimía el reportero, se quedó paralizado.

—Entra, George —ordenó Mark.

El tipo pareció titubear, pero finalmente, obedeció.

—Ve hacia allá —indicó Mark, señalando la pared de la izquierda.

George se situó junto a ella.

—Cierre la puerta, Madeleine.

La joven corrió a ejecutar la orden del reportero.

Mark, con los ojos fijos en George, interrogó:

—¿Dónde están los otros dos?

—Fueron por unas latas de cerveza y unos emparedados.

—¿Adónde?

—Hay un parador a unos tres kilómetros de aquí.

—¿Cuánto hace que se fueron?

—Sólo unos minutos.

—¿Dónde tenéis el dinero?

George le miró con odio, pero no respondió.

—No quisiera tener que matarte, George. No seas tonto y responde a mi pregunta.

¿Dónde lo tenéis?

—Los dos maletines están ahí afuera, ocultos bajo el sofá.

Mark sonrió.

—Buen chico, George. Anda, ponte de espaldas.

—¿Para qué? —inquirió el tipo, con el temor reflejado en su mirada.

—Quiero que luzcas un chichón en la cabeza. Y voy a esmerarme para que sea tan hermoso como el mío. Vamos, obedece.

George no tuvo más remedio que darse la vuelta.

Mark se aproximó a él y le atizó con el cañón del arma.

George se desplomó sin un gemido.

La jarra se hizo añicos al chocar contra el suelo.

Mark se apoderó de la pistola del sujeto y se la guardó en uno de los bolsillos de la chaqueta.

—Éste dormirá durante un buen rato. ¿Cómo sigue el otro, Madeleine?

—Continúa inmóvil. ¡Oh, no, parece que empieza a recobrarse, Mark!

—Diablos, es cierto. Ahora le diré yo a ése.

Mark corrió hacia Andy y le propinó otro golpe, ahora con la pistola.

Andy soltó un ronco gemido y volvió a quedar inconsciente.

—Rápido, Madeleine. Hemos de largarnos de aquí antes de que regresen los otros dos.

Mark y Madeleine salieron de la habitación.

El reportero cerró la puerta con llave.

Luego se aproximó rápidamente al sofá y buscó debajo de él.

Encontró los dos maletines.

Tras comprobar que el dinero continuaba en ellos, él y Madeleine caminaron hacia la puerta que daba al exterior.

Mark la abrió apenas unos centímetros y miró por el hueco.

Descubrió, a pocos metros de la casa, su «Ford» y el «Chevrolet» de los secuestradores.

—¿Mi coche aquí? —se extrañó Mark.

—Sí. Clara les ordenó que lo trajeran.

—Me alegro. Vamos hacia él. ¡Espere, se acerca un coche!

—¡Deben ser ellos, Mark!

—Maldita sea, no tenemos tiempo de alcanzar mi coche —rezongó Mark, cerrando la puerta—. Deprisa, Madeleine, ocúltese tras aquel sillón, con los maletines. —¿Y usted?

—Me quedaré aquí, pegado a la pared, para sorprenderles cuando entren.

—Mucho cuidado, Mark.

—Oiga, ¿a qué va a resultar que usted me aprecia?

Madeleine no respondió, se apresuró a ocultarse tras el sillón.

Mark oyó cómo se detenía el coche delante de la casa.

Después, cómo se abrían y cerraban las portezuelas del vehículo.

A continuación, pasos y voces alegres.

Contuvo la respiración y apretó la culata de la pistola.

Segundos después, la puerta se abría.

Los dos sujetos entraron en la casa, muy confiados.

Cambiaron la expresión al verse apuntados por el arma que sostenía en la diestra Mark Brannon.

—Se les saluda, compadres —dijo Mark—. Vamos, acabad de entrar y cerrad la puerta, que hay corriente.

Los fulanos cambiaron una mirada extraña.

Uno de ellos, el que sostenía la bolsa que contenía las latas de cerveza y los emparedados, cerró la puerta con el pie y echó a andar lentamente hacia el interior de la casa, pasando por delante de su compañero.

Éste, justo en el instante en que su compinche le tapaba con su cuerpo, movió velozmente la diestra y extrajo su automática.

Mark vio brotar el arma en la mano del tipo y no lo dudó, accionó el gatillo de la suya.

El fulano lanzó un grito y se derrumbó, llevándose las manos al pecho.

—¡Mark! —chilló angustiosamente Madeleine, viendo que el otro sujeto había arrojado la bolsa y echado mano de su arma.

Mark, que momentáneamente había dejado de prestarle atención al individuo de la bolsa, se tiró al suelo al oír el grito de la muchacha.

Las dos balas que le envió el tipo silbaron agudamente por encima de él y se incrustaron sordamente en la pared.

Mark, desde el suelo, hizo funcionar nuevamente su arma.

El fulano emitió un alarido y se desplomó, quedando inmóvil en el suelo, como su compañero.

Mark exhaló un suspiro de alivio y se puso en pie lentamente.

Miró a Madeleine.

La muchacha había perdido el color y temblaba perceptiblemente.

—Gracias por la advertencia, Madeleine. Me ha salvado usted la vida.

Ella apuntó con la mano a los tipos.

—¿Están..., están muertos...? —tartamudeó.

—No lo sé —respondió Mark, acercándose a ellos. Tras examinarlos a los dos, comunicó—: Siguen con vida, aunque ignoro la gravedad de su estado. Telefonearemos a la policía y les daremos cuenta de todo. Pero antes debemos averiguar dónde nos encontramos exactamente.

—Yo le puedo dar una idea, Mark. Esta vez no me trajeron con los ojos cubiertos.

—Lo cual demuestra que pensaban liquidarnos sin ninguna clase de remordimientos.

—Sí, no hay duda.

Por los detalles que le dio Madeleine, Mark supo deducir dónde se encontraba la casa. Telefoneó a la policía y habló con el teniente Mantley, viejo conocido suyo. Después, a Dick Walmer, el director del *Star*, para que le reservase un par de páginas en el número que ya se estaba preparando.

Dick Walmer se puso muy contento al saber que Mark Brannon iba a escribir su reportaje aquella misma noche.

La policía no se demoró demasiado.

Los dos tipos heridos fueron introducidos en una ambulancia.

Andy y George, que continuaban inconscientes, fueron esposados y llevados a uno de los coches de la policía.

El teniente Mantley se encaró con Mark.

—Tendrás que ampliarme los detalles, Brannon.

—Con mucho gusto, teniente. Pero antes debemos ir por un quinto personaje. Así tendremos a la pandilla completa.

El teniente Mantley dio un respingo.

—¿Son cinco?

—Sí, teniente. Nos falta precisamente el jefe.

—¡El jefe! ¿Sabes dónde encontrarle?

—Naturalmente. Y puedo anticiparle que es una mujer.

—¿Una mujer...? —Volvió a respingar el teniente Mantley.

—Y muy atractiva, ya lo verá. Mejorando lo presente, claro —

añadió rápidamente Mark, mirando a Madeleine.

La joven no pudo evitar una sonrisa.

* * *

Clara oyó sonar el carillón.

Arrugó las cejas, mientras se preguntaba quién podría ser.

Edward Nichols, no, porque él solía utilizar su llave.

Bueno, quizá la había dejado olvidada.

Edward Nichols era bastante distraído.

De todos modos, Clara comprobó que llevaba su pistola oculta en el bolsillo antes de acudir a abrir.

Se llenó de estupefacción al ver al hombre que aguardaba, sonriéndole de forma irónica.

—Hola, Clarita.

—¡Mark Brannon!

—El mismo, preciosa. ¿Verdad que te alegras de verme?

—¿Cómo diablos pudo...?

—Soy duro de pelar, Clarita.

Ella extrajo velozmente su arma y apuntó al reportero.

Mark movió la cabeza en sentido negativo.

—No empeores las cosas, Clarita, que bastante feas están ya. Andy, George, y los otros dos están en manos de la policía. Y tú también, porque el teniente Mantley y cuatro de sus agentes han venido conmigo.

Los cinco hombres asomaron por detrás de los macizos de flores.

Los ojos de la doncella chisporrotearon de ira.

—Voy a matarle, Mark Brannon.

—No te lo aconsejo, Clarita. El secuestro es una cosa, y el asesinato, otra. Y como matándome no solucionarías nada...

—¿Por qué tuvo que meterse en esto?

—Los reporteros nos metemos en muchas cosas. Anda, no seas tonta y dame esa pistola.

La doncella dudó unos instantes.

Después, bajó la cabeza y entregó el arma a Mark.

—Así me gusta, Clarita.

—Me encerrarán en la cárcel... —murmuró ella, abatida.

—Oh, no te preocupes demasiado por eso. Las cárceles de ahora

están llenas de comodidades.

—No se burle.

El teniente Mantley y sus hombres se aproximaron.

Clara fue conducida por los agentes a uno de sus coches.

—Teniente... —carraspeó Mark.

—¿Sí, Brannon?

—¿No podríamos dejar los detalles para mañana? Tengo mucho trabajo esta noche.

—Sí, no hay inconveniente. Te espero en mi despacho por la mañana.

—Gracias, teniente. No faltaré.

El teniente Mantley se despidió de Mark.

Éste echó a andar hacia su «Ford», en cuyo interior le esperaba Madeleine.

Mark entró en el coche y lo puso en marcha.

—¿Adónde vamos, Mark? —preguntó ella.

—Al hotel América, a informar a Brigitte Morgan y a Edward Nichols. Y a devolverles el dinero, claro.

Minutos después, ponían al corriente de todo a la actriz francesa y al director de los estudios Continental.

Ambos se llenaron de estupor al saber que Clara había sido el cerebro de los dos secuestros.

—Es usted un tío grande, Brannon —exclamó Edward Nichols.

—¡Qué beso le voy a dar, Mark! —exclamó un segundo después Brigitte Morgan.

Y se lo dio, verdaderamente monumental.

A Madeleine Perier no pareció gustarle demasiado que la actriz se mostrase tan exageradamente efusiva con el reportero.

Mark tosió embarazosamente.

Con el fin de cambiar rápidamente de conversación, dijo:

—Voy a tomarles unas fotos a René y a Jacques.

René apretó los puños.

—Si me toma una foto le dejo sin dientes de un castañazo.

—Son para mi reportaje, muchachos... —explicó Mark.

—Nada de fotos, ya ha oído a René —gruñó Jacques. Brigitte Morgan se puso seria e intervino:

—Oídmeme bien, pareja de brutos. Si no os dejáis fotografiar, ya podéis ir buscando empleo.

Los guardaespaldas de la actriz no tuvieron más remedio que acceder.

Mark les tomó un par de fotos a cada uno y luego abandonó el hotel, dirigiéndose a la redacción del *Star*.

EPÍLOGO

Mark Brannon pulsó el timbre.

Transcurrieron unos quince segundos antes de que Madeleine Perier abriese.

—Buenos días, Madeleine —sonrió él.

—Hola, Mark —dijo ella, un tanto sorprendida.

—¿Puedo pasar?

—Adelante —autorizó la joven, apartándose.

Mark entró en las habitaciones de Brigitte Morgan.

Madeleine cerró la puerta y le miró.

—¿No piensa asistir a la rueda de prensa que está concediendo Brigitte Morgan en estos momentos, abajo, en el vestíbulo?

—No, estoy de vacaciones —respondió Mark.

—¿De vacaciones?

—Desde esta mañana. Mi jefe me ha gratificado generosamente por mi reportaje y he pensado que era el momento oportuno para tomarme unos días de descanso.

—Su reportaje es muy bueno, Mark.

—¿Lo ha leído usted?

Ella señaló el ejemplar del *Star* que se hallaba sobre la mesa ratona.

—Todos lo hemos leído. El señor Nichols, Brigitte Morgan, René, Jacques...

—¿Les ha gustado?

—Mucho. Sin embargo, René y Jacques se quejan de que han salido con cara de simios en las fotos.

—La que tienen. Mi cámara no puede hacer milagros.

Los ojos de Madeleine brillaron con ironía cuando dijo:

—Las de Brigitte Morgan son estupendas.

—Sí, eso creo.

—Un poco frescas, ¿no?

Mark carraspeó.

—Yo no le sugerí nada, se lo aseguro. Ella se puso como quiso.

—Debió pasárselo usted bomba entre foto y foto, ¿eh?

—Qué malpensada es usted, Madeleine.

—No olvide que le conozco bien, Mark.

—Eso quisiera yo, para que no tuviese tan mal concepto de mí.
Ella sonrió.

—Intuyo que va a declararse.

—No es necesario. Usted sabe que la quiero.

—Sí, me lo dijo una vez.

—¿Quiere casarse conmigo, Madeleine?

—Casarse con usted es todo un problema, Mark.

—¿Por qué?

—Demasiado fresco.

—Bueno, eso es ahora, que soy soltero y no estoy obligado a serle fiel a nadie. Cátese conmigo y seré un esposo modelo.

—¿Cómo puedo estar segura de ello?

Mark la cogió por la cintura.

—Te juro que será así, Madeleine.

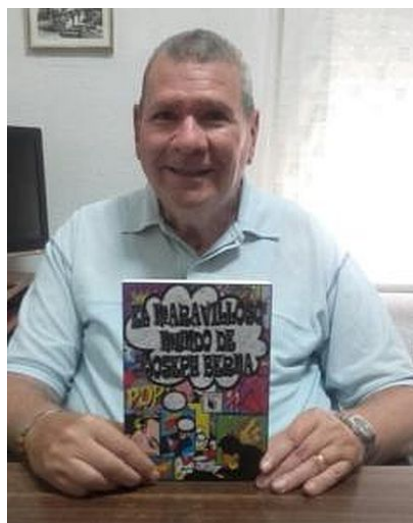
—El caso es que estoy deseando creerte, Mark.

—Hazlo, no te arrepentirás.

—Está bien, me arriesgaré a casarme con un fresco —sonrió ella, apoyando sus manos en la nuca de él—. Y ojalá de resultado...

—Lo dará, no lo dudes —repuso Mark, besándola en los labios, mientras la abrazaba estrechamente.

FIN



Joseph Berna nació en Xàtiva (Valencia), España en 1946.

Joseph Berna es el seudónimo utilizados por José Luis Bernabeu López, uno de los escritores más prolíficos, junto a nombres como Clark Carrados, Lou Carrigan o Curtis Garland, de las ya legendarias novelas baratas de Bruguera, historias pulp de leer y tirar que con sus tramas formulistas, narraciones llenas de ritmo, personajes estereotipados, lenguaje sencillo y recurrente, tramas de terror o ciencia-ficción, con dosis de erotismo y humor, logran con eficacia su digno objetivo escapista.

Cursa sus primeros estudios en el colegio «La Ferroviaria», del que guarda un grato recuerdo de su profesora «Doña Consuelo» que le apodó con el nombre de «Tragalibretas» debido a la rapidez con que las terminaba y lo poco que le duraban los trabajos. Más tarde ingresa en el instituto «José de Rivera» donde cursa bachillerato, en esta época se traslada a vivir a Elche para un poco después ya con dieciséis años residir definitivamente en Valencia.

Entre sus múltiples relatos, editados en los años 70 por Bruguera y más tarde, como Bolsilibros, por Ediciones B, aparecen títulos como «Seis cadáveres en potencia», «El reino de los seres de hielo», «La mansión de los mil y un horrores», «El coleccionista de seres», «El

terror cayó del cielo» o «El planeta robotizado».